

peligros expone á las que no tienen el suficiente criterio para discernir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso.

Gran sensacion causó en la sociedad la presencia de aquella jóven, cuya perfecta hermosura, cuya gracia, cuyo talento y cuya distincion la hacian merecedora de uno de los primeros puestos en los salones.

Una verdadera nube de adoradores la rodeó desde el primer momento, pero ella tuvo el talento de oír á todos y dejar á todos iguales, sin fijarse en ninguno, y recibiendo aquel homenaje de admiracion con la más esquisita gracia, sin que ninguno pudiera vanagloriarse de haber sido más distinguido y favorecido que otro.

Ella recelaba de su madre; sabia que al menor indicio, procuraria la buena señora anunciar á su hijo la novedad, y no queria de ningun modo que tal cosa sucediera.

Era ingrata; podia haber desengañado á su compañero de la infancia, y éste hubiera sido feliz.

En Italia habia dejado sumida en el más profundo dolor á la mujer que habia comprendido la nobleza de su alma, á la que le amaba sobre todas las cosas de este mundo, á la que estaba resignada ya á la muerte, y la esperaba como un consuelo, porque para ella no habia ya otra felicidad que morir por él.

La madre del pintor quiso hacer algunas reflexiones á la jóven huérfana acerca de su extraordinaria aficion al lujo y al boato; pero todas fueron desoidas,

y cada vez aumentaban los caprichos que la mal aconsejada queria satisfacer, y esta satisfaccion costaba á la buena señora más de lo que podia gastar en su modesta posicion.

Tenia un capital, cuya renta aseguraba su subsistencia decorosamente, y aseguraria la de su hijo, pero gastando sin medida, como la obligaba la vanidad de la que debia ser esposa de su hijo, el capital y la renta tenian que disminuir.

Llegó una desgracia fatal é inesperada.

El banquero que tenia en depósito la fortuna de aquella señora quebró, dejando arruinadas á infinidad de familias que habian confiado en su general reputacion de probidad, y la madre y el hijo vinieron á quedar, por esta circunstancia, sin recurso alguno.

Diéronse pasos, intervino la justicia en el asunto, se dijo que el banquero estaba en negociaciones para rehacer su fortuna y pagar religiosamente á sus acreedores, y la cariñosa madre, consolada por la esperanza natural en una mujer tan buena como ella y tan ignorante de las jugarretas de los hombres llamados de negocios, esperó confiada y no quiso dar á su hijo la tremenda noticia de la pérdida de su fortuna.

Hubiera sido como obligarle á regresar ántes del tiempo fijado para sus adelantos en su hermosa profesion, y aquella madre era demasiado amante de su hijo para darle de improviso tan cruel golpe.

—Acaso cuando vuelva, se decia la buena señora, habré podido recobrar mi fortuna. Ese hombre, ese banquero hará todos los esfuerzos por cumplir

con sus acreedores. No puede ménos de hacerlo así. El vive con lujo, él tiene coches, criados, él vive como ántes, no es posible que mire con indiferencia que las personas honradas que le confiaron sus intereses, su porvenir, quedan en la miseria.

Ya puede comprender el lector por este modo de discurrir de la buena señora, que ésta no conocia el mundo ni por el forro, no sabia que hay personas que así les importa la ruina de los demas como la carabina de Ambrosio, y que saben dar las apariencias que les convienen á lo que suele ser una gran estafa, un gran crimen.

Aquel terrible contratiempo hizo mucho más efecto en la huérfana que en la verdadera dueña de la fortuna perdida. Comprendia que en aquella situacion era forzoso renunciar al lujo, á los saraos, á los teatros y áun á los paseos.

La huérfana no se hacia las ilusiones que la buena madre.

Estaba persuadida de que ésta y su hijo, y ella, por consiguiente, habian quedado sin fortuna.

Tenia que renunciar á la vida de la sociedad, á los triunfos de los salones, á la admiracion de los hombres más distinguidos y á la envidia de las mujeres hermosas, que tal es la condicion de la mujer alguna vez que se complace en excitar odios, y esto satisface su vanidad más aún que la adoracion.

Ella juzgaba por el suyo el corazon de los demas, y suponía que todos aquellos á quienes habia eclipsado con su hermosura y su elegancia se regocijarian

de que la traidora fortuna la hubiese abatido, y la mirarian con lástima, mucho más humillante y penosa para ella, que el odio más implacable ó la más alevosa envidia.

En vez de consolar y animar ella á la que habia sido su protectora, á la que, si no le habia dado la vida, la habia salvado de la muerte, la anciana era la que intentaba muchas veces persuadirla de que su hijo, con su talento, sabria ganar honradamente el dinero para los dos, y que pudiendo pasar hasta su regreso con lo poco que habia podido salvar, nada tendrían que temer por el porvenir; y era tal la bondad de aquella bendita mujer, que no se le ocurrió echar en cara á su protegida la ingratitud patente que demostraba á tantos beneficios recibidos: su actitud despues de aquella desgracia, que sólo debia haber sido lamentable para ella, por cuanto recaia sobre las personas únicas á quienes debia amor y respeto.

La ingratitud es una terrible enfermedad moral.

Nada bueno espere nadie de un alma ingrata.

El ingrato debe vivir muy triste, porque es triste cosa carecer de ese sentimiento tan consolador, tan dulce, tan simpático, tan noble y digno, de ese sentimiento que obliga á las más bellas acciones, á los más sublimes sacrificios, que se llama la gratitud, y que es tan bueno inspirarlo, pero es mejor sentirlo.

La huérfana habia nacido con uno de esos corazones que laten, porque esa es su mision en la vida; pero que son ajenos á los nobles impulsos, á los be-

los sentimientos que acercan al hombre á su semejanza con el Creador.

En los salones, la huérfana habia adquirido algunas amigas, y como la pobre madre, despues de aquel terrible golpe, habia decidido permanecer retirada en su casa, ella decidió prescindir de la anciana, y continuar frecuentando la sociedad en compañía de amigas suyas y de aquella señora, no pudiendo resignarse, como debia, á acompañar y consolar á la que ademas de su protectora, era la madre de su prometido.

¿Y qué habia de hacer la anciana?

¿Habia de obligar á estar con ella á la que no gustaba de su compañía?...

¿Habia de poder cambiar en amor y agradecimiento la indiferencia y la ingratitud de aquel insensible y egoista corazon?

—¡Ah! exclamaba muchas veces la anciana, dos golpes le esperan á mi hijo cuando vuelva; ¡ojalá no fuese más que el de la pérdida de su fortuna! ¡No le haria este golpe tanto daño como le hará el que le prepara la que él juzga su enamorada prometida!

Y mientras la huérfana iba á divertirse con sus amigas, la noble anciana quedaba sola, y pasaba las noches sin descanso, pensando en su hijo, abrumada por la duda de recuperar su fortuna, contando con la memoria el dinero que le quedaba, calculando si tendria bastante hasta la época del regreso de su hijo, y llorando la ingratitud de aquella hija sin padres, que Dios le habia dado y que acaso estaba destinada á hacer su desgracia, y sobre todo la de su hijo.

Una de las casas que mas frecuentaba la huérfana, era la de una doña Dolores Rascafria, viuda muy verde de un rico comerciante cubano, mujer muy intrigante, gran casamentera y amiga de meterse en vidas ajenas, conocedora de todo el mundo, célebre por sus muchas aventuras galantes y muy festejada por la buena sociedad, como que en su casa se cenaba muy bien, y se reunian muchos hombres políticos y muchas mujeres de esas correntonas y pizpiretas que se divierten en la murmuracion y la malicia, y que con una conversacion agradable y chispeante cautivan la atencion de los hombres, que con ellas pueden hablar, sin salir de los límites de la conveniencia, con más expansion, con más libertad, con más franqueza que con niñas inexpertas y asustadizas.

En tan buena sociedad, la huérfana, que no tenia nada de tonta, aprendió mucho, y la idea que más se arraigó en su mente, fué la de que una mujer sin mucho dinero no puede gozar de las delicias del buen tono.

Ella no tenia nada.

El pintor no traeria mucho, y luego la pintura en España no hace rico á nadie.

El que se dedica á vender, puede aspirar á la riqueza, puede llegar, si le sopla la fortuna, á ministro de Hacienda, á título de Castilla.

Un pintor puede aspirar á morir de hambre, á no ser que sea muy notable, en cuyo caso apenas ganará lo que un político chambon, que unas veces es

gobernador, otras director y otras encargado de negocios ó consejero de Estado.

Y cada vez se convenia más de que el pintor no le convenia.

Asistia á aquella casa un señor ya maduro, gran personaje, solteron recalcitrante, vicioso de profesion, desvergonzado por temperamento y ateo por naturaleza, que ademas de ser persona muy influyente en la política, ex-ministro condecorado con todas las cruces de Europa, conde, por no sé que servicios, y árcade de Roma y miembro de todas las academias del mundo, tenia una fortuna colosal.

Este hombre, extragado por todos los vicios, era incasable. Muchas mujeres, seducidas por su posición y por su fortuna, le habian puesto los puntos, y él siempre se habia dejado querer, pero en cuanto se tocaba al punto del casamiento, se llamaba á andana; para él no habia ninguna mujer buena, y á ninguna creia digna de llamarla su esposa, siendo así que demasiado favor le habia de hacer la que cargase con aquel marido viejo, feo, vicioso y desvergonzado.

Era un viejo repugnante.

Pero tenia mucho dinero.

En todas partes se le recibia bien; nadie tenia secretos para él, y las mujeres más bellas le festejaban y le adulaban, y le contaban sus más íntimos pensamientos.

Conde de nuevo cuño, nadie le llamaba conde, ni él se pagaba mucho de su título.

Le gustaba más que le llamasen por su nombre.

Le llamaban Tomasito Meco.

Tomasito Meco le habian llamado sus amigos en la juventud, y Tomasito Meco se habia quedado para toda su vida.

En este Tomasito Meco puso los ojos y la intencion la huérfana, que cada vez se afirmaba más y más en la idea de que su compañero de la infancia no podia hacerla feliz.

Y así era en efecto; á aquella mujer no podia hacerla feliz un jóven pobre, bueno, honrado, trabajador y enamorado, como ella tampoco le hubiera hecho feliz.

La huérfana se propuso conquistar á Tomasito Meco, y se propuso todavía más, se propuso conquistarle con buen fin, para casarse con él.

### XXIII

#### El ex-ministro bailando.

La muchacha era una perla, creo que lo he dicho ántes; pero no importa repetirlo: esto de repetir las cosas cincuenta veces es uno de los recursos de todo novelista educado en la escuela moderna; todo Ma-

drid la conocia, y todos los elegantes de la córte, los más encopetados señores, los más elevados funcionarios públicos se disputaban una mirada, una sonrisa de aquella mujer de peregrina hermosura, cuya conquista hubiera enorgullecido á un general, más que la de una plaza fuerte y bien defendida. Pero ella no se dejaba conquistar. Ella no queria un amante, queria un marido; pero no un marido cualquiera, porque ese lo hubiese encontrado en seguida; mas no le halagaba casarse con un aristócrata calavera y tronado, ni con un diputadillo, por la influencia moral, que no podria pasar de gobernador de una provincia, ni con un abogadillo parlanchin y enredador, ni con un periodista, sujeto á las subidas y bajadas del personaje que inspiraba y subvencionaba el periódico, ni con un viudo verde con tres ó cuatro hijas.

Quería casarse con un hombre que no tuviera familia, que poseyera una gran fortuna y un gran nombre; como ella no tenia ninguno, como habia sido tirada á la calle al nacer, queria una gran alianza para poder igualarse á las mujeres que habian tenido la dicha de nacer en honrado lecho y con noble nombre, á las que, por otra parte, aborrecia cordialmente.

Las almas mezquinas no pueden perdonar al prójimo las cualidades de que carecen.

Tomasito Mecho era un hombre muy solicitado, si se me permite esta frase: su gran posicion deslumbraba á las mujeres, y aunque sus cualidades fisicas y morales no eran las más seductoras que se diga,

pocas habia en la sociedad de buen tono, jóvenes ó ya talluditas, solteras ó viudas, que hubieran desdeñado su amor, y mucho menos su mano.

Y harto bien demostraba esta disposicion favorable del bello sexo respecto del grande hombre, el cariño, la confianza y el interes con que le trataban todas las damas más conocidas en Madrid por su lujo y su posicion.

No habia baile, *soirée*, banquete, gira, á que no fuera convidado el ex-ministro, y siempre era el objeto preferente de la atencion del bello sexo, que se divertia grandemente con sus ingeniosos chistes, permitiéndose, por envidiable privilegio, un lenguaje que, si era chistoso, no solia ser siempre conveniente ni propio para vertido en los oidos de señoras y señoritas, que debian suponerse castos, pensando piadosamente.

Tambien las casadas le distinguian con la más encantadora franqueza, aunque esto no solia gustar mucho á los maridos, que sabian que el viejo verde no perdia ocasion de ponerlos en ridiculo ante sus mismas mujeres, para lo cual tenia una gracia especial.

La prometida del pintor, en cuanto puso los puntos al personaje, se trazó su plan de campaña, que era en extremo sencillo.

Consistia en no hacerle caso, en tratarle con la mayor indiferencia, casi con descortesía, con desprecio.

El contraste de esta conducta con la de las demas

señoras, no podía ménos de llamar la atención del conde condenado, y hacerle fijarse en la bella desdeñosa.

El plan era acertadísimo, y surtió el efecto apetecido.

El conde llegó á preocuparse de que aquella mujer ni le miraba, y si le miraba parecia como que se burlaba de él, y le saludaba con violencia y procuraba siempre evitar su conversacion.

El hombre más corrido y experimentado cae casi siempre en la red, mañosamente tendida por una mujer de ingenio y de intencion.

Hay que confesar que los hombres somos unos infelices, y que cuando una mujer se propone divertirse con nosotros, lo consigue facilísimamente; el más zorro cae á los piés de aquella que parece inocente paloma, el más bravo se convierte en el más cobarde por obra y gracia de una mujer que le sepatear, y Vds. perdonen la expresion, y el más tímido y pusilánime cobra energía y valor hasta la temeridad, si una mujer sabe ponerle en un caso apurado.

Tengo por regla invariable que la mujer domina y manda al hombre siempre que se le antoja.

Tomasito Meco se decia un dia:

—¡Canario! esa mujer no me puede ver... Me ha dado ya cuatro ó cinco sofiones, y yo no soy hombre de aguantarlos.

Y empezó á pensar en la desdeñosa, sin poder apartar su recuerdo del pensamiento ni tampoco su imágen.

— ¡Y por Dios que es bella! pensaba; no he visto nunca una mujer tan hermosa. Pero, ¿qué diablos le he hecho yo que no me puede ver? ¡Nunca he encontrado en mi camino mujer que me trate con más soberano desprecio! ¡Canario! ¡esto ya pasa de castaño oscuro!

El hombre corrido no pensaba que aquella apariencia escondía una intencion profunda, un fin determinado. Una noche halló ocasion de sentarse á su lado, y entabló con ella conversacion, decidido á inquirir qué motivos tenia aquella mujer para tratarle con tan singular despego.

— No se vaya V. esta noche, empezó el conde; he advertido otras que en acercándome yo á V., V. se aleja, y con mi habitual franqueza he resuelto saber esta noche por qué hace V. eso; contésteme V. con igual franqueza; dígame V. que le soy antipático y todo lo que quiera, pero sepa yo al ménos si tiene usted alguna razon para mirarme siempre con irónica sonrisa.

— No tengo nada que decir á V., caballero, contestó la gran ladina con la misma sonrisa de que le hablaba el conde.

— Poco es eso, seguramente.

— No es mucho.

— Siento que una señorita tan bella sea tan esquiva conmigo.

— Esquiva no, indiferente.

— ¡Ah! todavía peor. Yo, amante desinteresado del bello sexo, he cifrado siempre mi gloria en merecer

la amistad, no otra cosa, de que no soy digno, de aquellas damas de más talento y más gracia, y, sin que sea vanagloria, puedo decir que, hasta ahora, he logrado siempre este favor.

Los negocios de Estado, los deberes de mi posición política me han llegado á hastiar del trato de los hombres, y por eso en la sociedad del bello sexo busco una compensación á aquel fastidio de la política y los negocios.

—No dudo lo que V. dice, pero no acierto...

—Si no fuera indiscreción, me atrevería á pensar que á V. le preocupa alguna de esas cosas que preocupan casi siempre á las jóvenes de su edad, alguna ausencia, alguna esperanza, algun deseo, algun sueño acaso...

—¡Ja, ja, ja!

—¿Se rie V.?...

—Diga V., ¿no se baila esta noche?

—No sé, hija mia; pero si V. quiere que se baile, se bailará; yo lo propondré en su obsequio.

—Me es indiferente; ¿V. no baila?

—¡Por Dios! ¡un ex-ministro!... Estas son las desventajas de la posición; todos esos muchachos pueden bailar y estrechar en sus brazos á las más bellas y encantadoras mujeres... y yo... ¿Y qué se diría?... Los periódicos ministeriales, que ahora me hacen una guerra atroz, temiendo que yo vuelva á subir pronto, serian capaces de ponerme mañana gacetillas en verso, diciendo que me habian visto bailar la polka más ó ménos íntima... Los

hombres de mi posición pueden arrostrar todo menos el ridículo.

No nos importa tanto que nos llamen ladrones, como que nos digan que tenemos piés de aguador, ó facha de chalanés, ú otro chiste por el estilo.

—¿Le han dicho á V. muchos? le preguntó la jóven con la mayor inocencia.

—¡Canario! dijo para sí el ex-ministro, esta mujer se burla de mí.

Y el piano preludió una polka que se bailaba sola.

—Vamos, ya tiene V. baile, observó el personaje.

—Me alegro; hoy tengo yo deseos de dar un par de vueltas.

—Me cambiaria por un muchacho meritorio del ministerio, por poder dar á V. esas vueltas.

—Más meritorio seria que no se cambiara por él, y fuera V. el que me las pidiera.

—¿Yo?... ¡yo que no he bailado nunca!

—Es verdad; no quiere V. ponerse en ridículo. Y verdaderamente, seria un contraste singular verle á usted bailando conmigo. V. puede ser mi padre...

—Lo que es eso...

—¿Por qué no va V. á sacar á aquella señora anciana que se queda sola en aquel rincón? La pobre bailaria de buena gana: se le van los ojos detras de los caballeros que pasan cerca sin pareja. Vea V. una señora que probablemente seria feliz dando una vuelta del brazo de un caballero galante, y á ninguno se le ocurre hacerla este favor. ¿Por qué no baila usted con ella, conde?

—¡Yo!

—Es una señora respetable, como conviene á un hombre de la posicion de V.

—No, hija; no me conviene de ninguna manera. Si yo me atreviera á bailar, bailaria con V.; pero no con aquella antigüedad... ¡Dios me libre!

—Pues bailemos.

—¿Cómo?

—¿No dice V. que desea mi amistad?...

—¡Oh! ardientemente.

—Pues, amigo, mi amistad se gana con unas vueltas de polka.

—Pero, niña, considere V. que hay en el salon seis ú ocho que han sido empleados á mis órdenes, y que lo volverán á ser cualquier dia, y dos ó tres periodistas que me van á sacar á la vergüenza.

—¿Sabe V. una cosa?

—¿Cuál?

—Que no comprendo por qué tiene V. fama de galante, discreto y cortés hasta el rendimiento entre las mujeres, porque si á todas las distingue V. como á mí...

—No resisto más y me sacrifico, dijo el conde poniéndose en pié y ofreciendo la mano á la grandísima ladina que de tal manera gozaba en jugar con aquel hombre de gran posicion, de grandes pretensiones, y de gran prestigio en el bello sexo.

Nadie habia podido jamás hacer bailar á Tomasito Meco; de modo que, al verle dispuesto á dar cuatro zapatetas, á pesar de su respetabilidad, en compañía

de aquella peregrina hermosura, se concentró en la dichosa pareja la atención de toda la distinguida sociedad, en la que hizo más impresión seguramente aquel inesperado acontecimiento que otro cualquiera de gravedad y trascendencia para el país.

Y aún hubo en la reunión quien achacó á la política aquel suceso.

Al poner la mano el conde en la esbelta cintura de su pareja, le corrió un estremecimiento singular por todo el cuerpo: el hombre corrido estaba completamente fascinado por aquella mujer, cuya profunda mirada no podía resistir, y que le arrastraba dando vueltas con la mayor rapidez, poniéndole á la altura de un colegial de filosofía que por primera vez se hubiese visto con una mujer hermosa apoyada en su hombro, aturdiéndole con su aliento embriagador, y enloqueciéndole con aquellas vueltas.

En fin: que el hombre se mareó por completo.

Sacó fuerzas de flaqueza para no confesarse vencido, y todavía resistió unas cuantas vueltas; pero al fin sintió que toda la sangre se le juntaba en la garganta, que su vista se nublabá, y en la cabeza un dolor agudo, y sin que su pareja lo pudiera sostener, cayó sobre la alfombra cuan largo era, que no era mucho, aún cuando todos solían decir:

— ¡Oh! Tomasito Meco es muy largo.

La caída del ex-ministro causó gran efecto.

Los hombres se rieron.

Las mujeres, entre las que tenía tanto partido, se acercaron á levantarle entre todas.

Pero el conde estaba rígido, inmóvil.

—¡Está muerto! exclamó doña Dolores Rascafria, la dueña de la casa, llena de espanto.

—¡Muerto! repitieron todas.

—¡Muerto! dijo para sí la prometida del pintor; me he perdido.

Por esta exclamacion pueden juzgar mis lectores de la exquisita sensibilidad de aquella hermosísima mujer, en quien parecia que la naturaleza se habia complacido en reunir todos los encantos de la belleza exterior, descuidando la más encantadora belleza del espíritu y del corazón.

En la vecindad vivia un médico de fama, que fué llamado al momento, y reconoció al conde.

—¿Está muerto? le preguntaban con la mayor ansiedad.

—No, señoras, no está muerto; pero está en grave peligro. Llémosle al lecho: no hay que pensar en trasladar á su casa á S. E.

El solitario lecho de doña Dolores Rascafria recibió al excelentísimo señor, y todos los tertulios de aquella señora se ofrecieron á velar, cuidar, asistir y servir con el mayor celo al ilustre enfermo.

—Eso me toca á mí, exclamó nuestra gran ladina; yo me constituyo desde ahora en enfermera, en hermana de la Caridad al servicio del conde. Bailando conmigo ha caido en esta situacion mortal, y yo debo cuidarle.

La dueña de la casa, que amaba mucho á la huérfana, recibió con júbilo su proposicion, y los demas

tertulios no tuvieron más remedio que confesar y encomiar el generoso rasgo de la jóven.

La enfermedad era, en efecto, muy grave.

Un ataque cerebral, ni más ni ménos; con lo cual ya saben Vds. que hay bastante para pasar de este mundo al otro.

Y aquí no viene mal alguna reflexion, que ya habrá hecho, de seguro, el siempre discreto y perspicaz lector.

La reflexion que aquí cuaja como anillo al dedo, es aquel axioma vulgarísimo que dice que *Cada cosa en su tiempo...*

El conde era viejo, y un viejo no es un jóven; verdad propia del gran Pero-Grullo, pero que viene aquí de molde.

Cuando el hombre llega á la edad que tenia el conde, debe pensar que no está ya su cuerpo para emociones de cierta clase, aunque su espíritu le engañe. Un viejo halla encanto sin igual en la conversacion de las mujeres; pero eso de ponerse á bailar con una mujer hermosa, llena de vigor, exuberante de vida, es muy ocasionado á caidas mortales, como la que dió el conde, y que si para él no fué mortal, lo debió sin duda á un milagro que quiso hacer su Divina Majestad, con la intencion acaso de que el hombre, reconociendo el beneficio, se convirtiese despues, y dejase de ser, como era, un ateo de siete suelas, por más que fingia ser ferviente católico: así hay muchos que son capaces de comerse á los santos de sus devociones, y ni creen en la reli-

gion, ni hacen otra cosa que ofender á Dios, que es el único que los conoce, porque á Dios no se le pueden ocultar las intenciones, como se le ocultan á los embobados habitantes de este mundo, que no saben juzgar más que por las apariencias.

El ex-ministro estuvo si las lia ó no las lia, como dice el vulgo, y lo primero que le recetó el médico, para cuando volviese á conocimiento, si volvía, era ponerse bien con Dios, recibiendo los últimos Sacramentos, porque podría suceder fácilmente que tuviera despues una recaída y fuera de tal suerte que no volviera á levantarse.

Y la bella desdeñosa al lado de la cabecera del enfermo, dia y noche, como si fuera su propio padre, mejor todavía, porque dado el carácter de la señorita, es seguro que no hubiese tenido el mayor respeto ni el más profundo amor al autor de su existencia, si le hubiera conocido. Ella le movía, ella le ponía las almohadas, le daba las medicinas. y hasta le puso unos sinapismos capaces de resucitar á un muerto.

Convertida estaba en amorosa y abnegada hermana de la Caridad, y nadie hubiera dicho, al ver aquel semblante dulce, sereno, modesto, franco y amoroso, que era la careta con que se disfrazaba un pensamiento egoísta, un alma de hiel, un corazón de cieno.

Cuando el enfermo abrió los ojos, despues de algunos dias entre la vida y la muerte, lo primero que vió fué el rostro angelical de su pareja de baile, y á no hallarse el hombre tan escaso de sangre, pues el

médico se la habia sacado del cuerpo á fuerza de lancetazos en piés y manos, y de un lucido batallon de sanguijuelas, es seguro que al ver aquel rostro, al recordar las emociones de aquellas dichas vueltas de polka, le hubiese repetido la congestion cerebral y habria ido á contar el lance al otro mundo; pero el hombre estaba tan caido que no pudo hacer más que mirar aquel encantador semblante, y cerrar los ojos en seguida, no pudiendo resistir la mirada profunda, ansiosa, avara, de su enfermera, que en efecto, era entónces avara de la vida de aquel hombre, en quien cifraba toda su esperanza.

Miéntas el enfermo reposaba, ella, sentada al lado del lecho, pensaba:

—¡Oh! si logro que este hombre me dé su nombre y su fortuna, seré feliz, habré satisfecho mi deseo, podré brillar donde las más altas y poderosas señoras, podré olvidar la infamia que cometieron mis padres, dejándome abandonada en una calle... Pero que viva, Dios mio, que viva este hombre, que vea mi abnegacion, mi interes, mi caridad... Si vive, mi triunfo es seguro... ¿Y mi hermano, mi prometido?... Volverá pronto de Italia, tan ufano de su talento, y tan enamorado de mí... ¡Pobrecillo! es un buen muchacho, y siento la pena que le voy á causar, pero despues de haber visto el gran mundo, despues de haber contemplado á los favoritos de la fortuna, ¿cómo he de casarme con un pobre artista que, por bueno que sea, vivirá más para su arte que para elevar y poner por encima de las más bellas y las más ricas á

su mujer?... No hay remedio, ó me caso con este hombre, ó me muero de desesperacion.

El enfermo comenzó á mejorar; el médico manifestó que habia alguna esperanza; muchas veces queria el ex-ministro hablar á su enfermera, manifestarle acaso su gratitud, pero ella, haciéndole un mohin delicioso, le ponía el dedito en la boca, imponiéndole silencio.

—Aquí mando yo, le decia, y cumpliendo las órdenes del médico, le prohibo á V. que me hable y áun que me mire. Yo tuve acaso la culpa de la enfermedad de V., obligándole á bailar en aquella desgraciada noche, y me he constituido, como penitencia por aquella falta, en su enfermera. La penitencia es muy grata, sin embargo, y no he de abandonar á V. hasta que le vea con la salud completamente restablecida. Conque silencio, niño, y déjese V. cuidar.

Y al viejo se le caía la baba, oyendo estas palabras de miel, y ella le limpiaba el sudor, y le daba las cucharaditas de sustancia, y le cerraba los ojitos con aquellos deditos tan delicados, diciéndole:

—A reposar, niño.

—Y el niño se creía trasportado al paraiso de Mahoma, donde creen los adoradores del zancarron de aquel caballero, vamos al decir, que han de encontrar hermosísimas huríes que les hagan fiestas y les traigan en palmitas.

Y la muy ladina solía reclinar tambien la cabeza en la misma almohada donde descansaba la de chorlito del ex-ministro, que, solteron recalcitrante, nun-

ca se habia visto de tal manera cuidado en sus anteriores enfermedades.

El día que el enfermo pudo tomar un poquito de caldo y un poco de jaletina, la enfermera rebosaba alegría; ella le sirvió ambas cosas, ella le sostuvo la cabeza, que el enfermo tenia sumamente débil, ella, en fin, parecia más contenta de la mejoría del enfermo que éste mismo.

—Es V. un ángel, la dijo con débil acento.

—No admito galanterías.

—Sin V. me hubiera muerto.

—¡No faltaba más!

—He estado muy enfermo, ¿no es verdad?

—A la muerte; pero ya pasó, ya no hay que pensar en morirse en muchos años; pero baste ya de conversacion, tiempo tendrá V. de hablar cuando se ponga bueno.

—Pero V. no se separe ni un solo momento de mi lado.

—O se hacen bien las cosas ó no se hacen; para cuidar á un enfermo, hay que no separarse de él.

—No descansa V. un momento.

—¡Oh! sí, reclinada en su misma almohada, suelo rendirme al sueño.

—¡Qué feliz me hace V.! ¡cuánto me alegro de mi enfermedad!

—¡Qué gracia!

—¡Qué mal la juzgué á V.!

—Eso sucede siempre en el mundo.

—¡Cuántos perdones tengo que pedirle!

—Ni una palabra más; ya ha hablado V. bastante hoy; ahora á descansar V. y yo.

Y reclinaba la cabeza, como ya he dicho, embriagando de placer al enfermo, que tenia que estar muy postrado y falto de sangre para no sufrir otro ataque como el de marras.

Y así pasaron veinte dias, durante los cuales hizo la jóven enfermera mil y mil proyectos para cuando consiguiera su propósito de apoderarse del viejo, y éste vivió en el quinto cielo.

Y no le decia á la ingrata la conciencia que habia cometido una villana accion abandonando á la noble anciana que la habia recogido de las losas de la calle, y olvidando y despreciando el puro, nobilísimo y desinteresado amor de su prometido, el honrado jóven que no habia vacilado por cumplir su palabra en dejar allá en Italia, muerta de pena y desesperacion, á una mujer, toda generosidad, toda abnegacion y amor infinito.

¡Pobre Virginia! con ella hubiera sido feliz el generoso artista; sus almas parecian nacidas para vivir juntas, y, sin embargo, la suerte se habia complacido en impedir aquella union, que hubieran celebrado los ángeles del cielo.

Por vanidad, por soberbia preferia la ingrata á un hombre viejo, vicioso, repugnante, á quien no podia amar, á quien queria fingir amor para engañarle y explotarle.

## XXIV

**El convaleciente.**

El ministro estaba fuera de peligro, de la enfermedad hablo, porque en cuanto á lo demas nunca habia estado de tanto peligro.

Aún no habia podido ser trasladado á su casa. Seguia, pues, á su lado su hermosísima enfermera, con quien habia tomado la mayor confianza. Ella dirigia la confeccion de los manjares que se le habian de servir, y no permitia que el convaleciente tomase nada sin probarlo ella ántes, y con él comia, sirviéndole las pechuguitas de pollo con la mayor pulcritud, quitándole las espinas á la merluza, tasándole el vino, y partiéndole las rebanadas de pan como á un niño mimado.

Y al viejo se le seguia cayendo la baba.

Y á todo esto, tenian largos ratos de conversacion, en la que ella tomaba toda la apariencia de un ángel;

hablábale de su modestia, de sus limitadas pretensiones, de su poca afición á galanteos, y de que nunca habia envidiado más que la tranquilidad y la virtud.

—Créame V., le decia, yo acabaré por ser hermana de la Caridad ó monja. Es para lo que tengo alguna vocacion, aunque me considero indigna de merecer la gracia de Dios en ese estado.

—¿Es posible? ¡Una mujer jóven, hermosa, hermosa como ninguna!

—¿Y qué vale la hermosura?... Tengo en muy poco aprecio mi hermosura, que una enfermedad puede destruir prematuramente, y que el tiempo destruirá con seguridad.

—Usted puede hacer una boda ventajosa.

—¿Boda? Puede que V. no me crea, porque las mujeres no suelen hablar sinceramente cuando hacen ascos al matrimonio; pero, créame V. ó no, es lo cierto que nunca se me ha ocurrido casarme con esas ventajas de que V. habla. El mundo está de tal manera, que un hombre enamorado es ya una rareza, un tipo excéntrico, y sobre todo enamorado de una pobre. Nunca me he creído capaz de inspirar una pasión.

—¡Oh! no se conoce V.

—Yo entiendo el amor como ya no se entiende en el mundo; entiendo que debe ser todo abnegacion, todo sacrificio; que no es gozar solamente, sino sufrir y gozar á un mismo tiempo, sufrir centuplicadas las penas que sufre la persona amada, y vivir, haciendo completa abstraccion de sí misma, para esa persona

querida, y aislarse completamente del mundo para no pensar más que en amar y en sufrir.

—Quien así entiende el amor, bien merece ser amada.

—No hay que buscar en los jóvenes del día hombres que lo entiendan así.

—Puede ser; la juventud anda demasiado de prisa, pero...

Y el hombre suspendía su discurso, porque todavía no se atrevía á decir lo que la enfermera ladina veía claramente hacia días en el pensamiento del convaleciente.

—¿Qué iba V. á decir?

—Nada, que quisiera tener veinte años menos.

—¿Para qué?... yo quisiera tener veinte más. Pero hablemos de otra cosa; ya pronto podrá V. ser trasladado á su casa, pronto podremos el médico y yo dar á V. el alta, y daré por terminada mi obra.

—¡Oh! ¡no! ¡todavía no!... ¡Volver á mi casa después de esta enfermedad tan agradable, no se ría V., que he pasado aquí al lado de V., será una cosa cruel! ¡Dejar de ver á V. para ver el estúpido semblante de mi ayuda de cámara y la cara gazmoña de mi ama de gobierno, y las enfadosas cortesías de mis amigos políticos! Esto es pasar del cielo al purgatorio, invirtiendo completamente el orden natural. La salud me va á costar otra enfermedad cruel, el hastío y la tristeza.

—¿A que va V. á sentir que se le haya cuidado con esmero?

—Sí, señora, porque yo no estaba acostumbrado á estos mimos. Los servidores mercenarios y los adúladores egoistas no cuidan á nadie con tanto interes, por más interes que tengan en servir y adular á la persona de quien necesitan.

—Tiene V. razon; yo lo he hecho, no sólo porque mi conciencia me lo dictaba, porque encuentro placer, y por eso no lo creo mérito de ningun modo, en servir de algo á los que sufren, sino para convencerle á V. de que ha hecho mal en dejar pasar su juventud sin buscar una compañera, una esposa, que indudablemente le hubiera cuidado mucho mejor que yo.

—Eso sí que no; ni una madre hubiera hecho lo que V.

—¡Qué exageracion!

—Es verdad, y crea V. que ahora, en esta enfermedad peligrosa que he pasado, he pensado muchas veces que hice muy bien en no casarme, porque si me hubiese casado, no habria acaso conocido á V., y V. es la única mujer con quien yo me hubiera casado.

—¡Jesus! ¡Conmigo!

—No hay más, y... ¿quiere V. que sea franco?...

—¡Oh! sí, señor; seria un agravio á mi amistad no serlo.

—Pues durante mi enfermedad he formado propósito de pedir á V. su mano y ofrecerle mi nombre, mi fortuna, cuanto soy y valgo.

—¡La calentura hace pensar unos disparates!

—¡Disparate en efecto! V. no querria casarse conmigo.

—No; V. será el que se habrá vuelto loco hasta ese punto.

—¡Oh! nunca he estado más cuerdo.

—Si es broma, la admito.

—No, no es broma; si V. puede hacer caso omiso de mi edad, y acepta V. mi mano, reniego de mis ideas acerca de las mujeres, hago *amende honorable*, y me caso con V.

—Imposible.

—¿Cómo?

—¡Ay! ¡imposible, sí, señor, imposible!

Y una lágrima brilló en los ojos de la lindísima enfermera, es decir, no fué una lágrima sola, sino una en cada ojo, porque eso de llorar con un ojo solo no es muy bonito que se diga.

El ex-ministro exclamó:

—¿Llora V.?—Pregunta propia de un español, que pregunta lo que se ve.

—Sí... pero no, no... no quiero llorar.

Y soltaba otro par de lagrimitas, poniendo en gran cuidado al convaleciente, que estaba hechizado de veras por aquella buena pieza.

—Me pone V. en verdadero cuidado.

—¡Oh! no piense V. en eso... Al proponerme V. la honra de hacerme su esposa, ha venido á mi memoria un tristísimo recuerdo... Creo en la sinceridad de las palabras de V., pero me es imposible ser esposa de V.

—¿Por qué imposible?

—Es una historia horrible; no la quiera V. saber.

—Tenga V. confianza en mí, y hágame V. depo-

sitario de su secreto, que soy caballero y sé guardarlos:

—Yo quisiera hacer á V. participe de ese secreto... nadie lo sabe, nadie... pero ¿cómo se lo digo á un hombre que me ofrece su nombre?...

—Por eso mismo, ¿con quién ha de tener V. más franqueza?...

—Es verdad.

Y despues de una pausa, en la que la astuta cazadora del viejo estuvo, sin duda, hilvanando las mentiras que le iba á encajar, hablóle de esta manera:

—No sé quiénes fueron mis padres: este es mi secreto.

—¡Ah! exclamó el ex-ministro, y se inmutó.

—Vea V. si es grande mi infortunio.

—¡Oh! ¡sí! dijo el convaleciente grandemente preocupado.

—Mis padres acaso me abandonaron con la buena intencion de recogerme luego, y darme su nombre, y elevarme á su rango.

—¿Eran personas de la buena sociedad?...

—Todo me hace creer que eran distinguidísimas personas. Me confiaron, no ellos mismos, sino otra persona á quien yo no he podido interrogar, á la pobre y buena mujer que ha pasado por mi madre, y segun he podido entender, razones de la más alta importancia impidieron mi reconocimiento y legitimacion.

El conde escuchaba preocupado.

—¿Nada me dice V.?... ¿Qué indica ese silencio?...

—Recordaba una historia parecida.

—¿Sí?...

—Un amigo, un íntimo amigo, el único amigo que tengo, tuvo también una hija...

—¿Cómo?... ¿Quién era?...

—Tranquílcese V., no es V. esa hija.

—¿Me dice V. ahora, que ya sabe mi secreto, lo mismo que antes?...

—Sí, lo mismo; ahora con más gusto daré á V. mi nombre.

Y la jóven, arrodillándose delante del ex-ministro, le cogió las manos y se las besó, ocasionándole una sensacion tal, tan grande estremecimiento, que hubo necesidad de meter en la cama al enfermo. Si en mejor estado de salud no podia resistir aquellas emociones, ¿cómo habia de sufrirlas convaliente de una enfermedad que le puso en inminente peligro de muerte?...

El enfermo se amodorró pronto.

Su prometida esposa se sentó junto á la cabecera, espionando sus movimientos, poniéndole, de vez en cuando, la mano en la frente, y cuidando, en fin, de que no se le desgraciara aquella famosísima conquista.

Y al mismo tiempo pensaba:

—¡Oh! ¡ya es mio!... no me he atrevido á decirle toda la verdad; no le he dicho que fui arrojada á la calle sin indicio alguno por donde se pudiera presumir la condicion social de mis padres; no le he dicho

que lo mismo puedo ser hija de un noble señor que de un miserable mendigo; lo mismo de una elevada señora que de una infame meretriz... ¡Esta, esta es la horrible verdad!... Ya es mio, ya brillaré sobre todas las que más brillan en el gran mundo, ya no tendré que bajar la vista avergonzada delante de nadie...

Un criado de la casa levantó discretamente una punta del cortinon de la alcoba del enfermo, y dijo respetuosamente:

—Señorita.

—¿Qué?

—Una señora desea hablar á V.

—¿Quién?... Ahora no puedo ir.

—Dice que ha de verla precisamente.

—Pero, ¿quién es?...

—Su madre de V...

—¿Cómo?... ¡Mi madre!... ¿Quién le ha dicho á usted eso?...

—Señorita, ¡cuántas veces he visto á Vds. juntas!...

—Basta. Quede V. aquí por si S. E. despierta y pide algo, y en este caso llámeme V.

—Así lo haré, señorita. Yo tambien sé cuidar á un enfermo.

—No deje V. de avisarme.

Y salió á la sala, donde la esperaba, ya lo ha adivinado el lector, su madre, la que le habia servido de madre, la que tantas veces, con tanto amor y abnegacion le habia dado el dulce nombre de hija, y á la que ella casi habia abandonado desde que conoció el gran mundo, y sobre todo desde que la mala fe de

un caballero de industria redujo casi á la miseria á la pobre anciana.

—¡Hija mia! exclamó la noble mujer queriendo abrazar á la ingrata.

—Más bajo, señora, interrumpió la hija desconocida, rechazando ó poco ménos el abrazo de la anciana, que, al verla, habia olvidado los agravios recibidos de la ingrata.

—No, no vengo á reconvenirte.

—¿Y por qué me habia V. de reconvenir?

—Por... por nada, tienes razon, hija mia: ¿qué quieres? á los viejos nos halaga mucho que nos quieran, somos un poco egoistas, dijo la anciana con inefable acento de ternura.

—Ya sabe V., ya le avisé que estoy aquí cumpliendo un deber.

—Sí, hija mia, ya lo sé; ya sé que estás cuidando á un poderoso señor que cayó enfermo en un baile en esta casa, y te aplaudo por tu caridad; pero tenia tantos deseos de verte...

—¿Y por eso solo ha venido V.?

—No, por eso solo no; por mí hubiera tenido paciencia... pero tengo que darte una buena noticia.

—¿A mí?... ¿Ha recobrado V. su fortuna? ¡Cuánto me alegro!

—No, hija mia, digo, sí, sí, la he recobrado, todavía no, pero dentro de cuatro días.

—Mucho lo celebro.

—¿Te alegras?... Y yo que creia...

—¿Qué? ¿No he de alegrarme de que recobre V. lo

que tanta falta la hace para vivir, lo que es legítimamente suyo?...

—Si no es eso, hija; eso... ya no cuento con ello... yo no sabia que en el mundo habia malvados capaces de abusar de la confianza de las gentes sencillas, de arruinar á familias honradas... ¡Cómo ha de ser! yo perdono al ladron, que es más desdichado que yo... Mi fortuna no es esa...

—No entiendo.

—¿No entiendes?... Hija, parece que te han convertido en piedra el corazon... ¿No comprendes que al decir que recobro mi fortuna, mi alegría, mi vida, no aludo á un miserable puñado de monedas, sino á mi hijo, al hijo querido de mi corazon?... Luis vuelve dentro de cuatro dias.

—¡Ah! vuelve...

—Sí, hija mia, mi hijo, tu hermano, tu compañero de la infancia... ¿Enmudeces?... Vuelve hecho un pintor de los mejores, me ha escrito que trae un retrato tuyo, y otro mio, hechos de memoria... Tuyos habrá hecho más de uno, pero no, no le culpo por eso... A tí te ama de otra manera... En su última carta me decia que tenia seguridad de ganar con su trabajo tres ó cuatro mil duros al año.—«Me alegraría de que V. no tuviera ni un cuarto de renta, para tener yo la gloria de pagar á V. todo cuanto ha hecho por mí.»—Mira tú el muy loco, no sabe que ese deseo suyo lo verá realizado en cuanto llegue. Y qué á tiempo viene, hija mia, porque ya estoy pasando grandes apuros. De lo poco que me

quedó no queda ya casi nada. Pero, en fin, gracias á Dios, no he tenido que pedir á nadie. Hubiera tenido un gran sentimiento, teniendo que confesar á mi hijo alguna deuda.

—Bien, pero... murmuró la ingrata, manifestando cierta impaciencia.

—Hija mia, no quiero reconvenirte, pero me duele verte tan indiferente.

—¿Qué quiere V. que le diga? Mucho me alegro de los adelantos de su hijo de V... mucho de que pueda asegurar su porvenir y el de V... Es muy bueno, muy buen hijo.

—¿Y nada más me dices?...

—¿Qué más?... participo de la alegría de V.

—Pero, hija, lo dices de una manera que parece que somos tú y nosotros simplemente unos amigos indiferentes.

—Yo no sé exagerar.

—Hija mia, el sentimiento no es una exageracion. Yo, cuando te he visto, despues de tu ausencia de casa, he sentido un impulso de alegría, de placer... te hubiera dado mil besos... Al pensar que voy á ver otra vez á mi hijo, que vuelve á mi lado, siento que se ensancha mi espíritu, que mi corazon late con dulce movimiento, que amo la vida más que nunca... y me extraña que tú...

—¡Ah! señora, en qué mal momento ha venido V... el enfermo ha tenido hoy un recargo...

—Pero, hija mia, ya no me llamas *madre*, como ántes. Yo no podré dejar de llamarte *hija*... No te im-

pacientes, voy á dejarte, puesto que, al parecer, te molesto. Volverás á casa pasado mañana, ¿no es verdad?... Luis viene dentro de cuatro dias...

—¡Oh! eso sí que no sé.

—¿Cómo?... ¿Pues no eres su prometida?... ¿No le juraste esperar su vuelta para unirme á él para siempre?

—¡Cosas de niños!

—¿Qué dices?

—De lo que ménos se acordará él será de ese juramento sin valor alguno.

—¡Dios mio! ¿es verdad lo que está diciendo esta desgraciada?

—Señora:...

—Repítelo otra vez; dime que ese juramento no tiene valor alguno.

—¡Es claro!

—¡Si es para volverme local... ¿Tú lo crees así? ¿y piensas que mi hijo, mi noble, honrado hijo cree lo mismo que tú?... ¿Crees tú que mi hijo no tiene corazón? ¿crees que es un miserable?...

—Señora, no hablemos de eso...

—Pero, ¿qué espíritu malo se ha apoderado de tí?... ¿No me amas ya? ¿no amas á mi hijo?...

—Sí, pero no como V. quiere.

—¡Ah! no eran vanos mis temores. ¡Pobre hijo mio!

—Usted toma las cosas con demasiado calor; verá V. cómo él no se acuerda ya de esa niñería.

—Calla, ingrata, calla, y si eres capaz de un perjurio, no hagas á mi hijo el agravio de suponerle ca-

paz de eso... No pudo él aprender de su padre ni de su madre esa infamia.

—Señora, basta ya.

—Sí, basta ya. Dios quiera salvar á mi hijo; pero preveo que tú has destruido su porvenir y el mio, preveo que vamos á ser muy desgraciados por tu culpa.

—No hay motivo; yo estoy muy agradecida á V. y á su esposo, que en paz descanse, y á Luis tambien; sin Vds., ¿qué hubiera sido de mí?... pero, ¿qué más quieren Vds.?...

—¡Adios! no te quiero estorbar más... La muerte llevo en el corazon, al ver tu ingratitud. Dios Todopoderoso permita que mi hijo, que mi noble y honrado hijo, reciba este golpe con la indiferencia con que tú has recibido la noticia de su llegada... ¡Ah! ¡ingrata, ingrata!... Mucho te he amado, no te hubiera amado más si fueses mi propia hija, si fueses sangre de mi sangre y vida de mi vida; pero si mi hijo no puede resistir este golpe que alevosa le preparas, si se vuelve loco, si se muere, mi eterna maldicion caerá sobre tí.

Y transida de dolor, vertiendo amargo llanto, sintiendo oprimido el corazon por la más profunda pena, salió de aquella casa la desventurada madre.

Si no hubiera sido cristiana, si no hubiera tenido fé en Dios, hubiese maldecido acaso la hora infausta en que recogió de la helada losa de la calle á la niña abandonada.

## XXV.

**La muerte de un corazon.**

La madre del pintor volvió á su humilde casa en la mayor desesperacion.

—¿Qué va á ser de mi hijo?... El, tan sensible, tan bueno, tan honrado, que hace tres años está acari- ciando la dulce ilusion del amor que supone le espera, ¿cómo recibirá este golpe que le preparo?... ¿Cómo le digo que su prometida no le ama, que ha sabido con la mayor indiferencia su regreso, que ama á otro, ó es más infame todavía, porque, sin amarle, le finge amor por una miserable mira de interes?... ¡Pobre hijo mio! La gloria le sonrie, la fortuna le favorece... y una mujer ingrata, una infame, una serpiente que hemos criado en nuestra casa, que la hemos llamado hija nuestra, que á nosotros nos debe no haber muer- to helada en la calle, ó estar en un asilo de caridad, viene á destruir la ventura de mi hijo, y á emponzo-

ñar su existencia y la mia!... ¡Ah! ¡desgraciada de mí! ¡qué mal hice en hacerla conocer esa sociedad engañosa y miserable que se llama el gran mundo! En esa sociedad se embota el sentimiento, se endurece el corazon, se pierden las dulces y desinteresadas afecciones, y se adquieren las pasiones avasalladoras de la vanidad, la envidia y la soberbia.

El dia siguiente todavía no queria persuadirse la buena madre de la perfidia de su hija adoptiva, y otra vez fué á verla, siendo recibida con verdadero enojo por la ingrata.

—Otra vez, la dijo, vengo á pedirte, hija mia, la vida de mi hijo.

—Pero, señora, V. se toma unos cuidados que su hijo de V. no le agradecerá. ¿Cree V. que Luis en sus viajes no se ha olvidado ya de aquel juego de niños?

—No, hija mia, no se ha olvidado; como tú no le amas, no comprendes su corazon.

—Pues ya he dicho á V. que me es imposible abandonar la buena obra en que estoy empeñada.

—Pero, mira, no te pido más que un momento. Vamos á recibirle, y luego te vuelves á cuidar de tu enfermo. ¡Feliz ese hombre que te inspira más interes que tu misma madre y tu hermano!

—Señora, es imposible.

—¡Por Dios te lo pido, por el perdon, en la otra vida, de los ingratos padres que te dieron el sér!

—Parece que se complace V. en recordarme sus beneficios.

—No, hija mia, perdona, y considera mi situacion,

mi angustia; va á venir mi hijo y va á recibir una herida mortal.

—Es una verdadera manía la de V.

—¿Quieres que te suplique de rodillas?

Y la santa mujer humildemente dobló la rodilla ante la desnaturalizada é ingrata prometida de su hijo, que pudo ver con ojos enjutos aquel acto de abnegacion y de ternura maternal.

—Señora, ¡por Dios! levántese V. y tranquilícese: yo le aseguro á V. que su hijo no me ama más que como á una hermana; me lo dice el corazon.

—¡Calla! es imposible que á tí te diga nada el corazon.

Y volvió á salir desconsolada de aquella casa.

Pero era madre, se trataba del bien de su hijo, y en la noble empresa de procurararlo, todavía no se dió por vencida, y el dia ántes de la llegada del pintor volvió á intentar ablandar aquel corazon de peña.

Pero en vano; la hija infame no se dignó recibirla: presumiendo que volveria la madre de Luis, habia dado orden de que no la permitieran entrar, á pretexto de que el enfermo estaba peor y no podia separarse de él.

Y la pobre madre, que tanto habia deseado volver á ver á su hijo, hubiera querido detener la marcha del tiempo y retrasar aquel anhelado momento, que habia de ser terrible para Luis. Contaba las horas y temblaba.

—¿Qué le voy á decir?... Me encuentra sin fortuna y sola.

¿Qué cuenta le voy á dar del objeto querido de su amor?... porque él puede hacerme cargos á mí, puede culparme de haber dado una imprudente libertad á la que debia consagrarse á él exclusivamente... Pero no, es que ella no tiene buen corazon, y cuando no se tiene buen corazon, nada puede el consejo, nada la reflexion. ¡La infame, desde que me vió pobre pensó en abandonarme!...

La noche anterior al dia de la llegada de Luis, la pobre madre la pasó rezando ante una imágen de la Santísima Virgen, pidiéndola que diese conformidad á su hijo y le arrancase aquel amor indigno de él, y cuando se aproximó la hora del regreso, triste y dolorosa se dirigió la buena mujer á la estacion, sin poder determinar de qué manera habia de engañarle para disculpar la falta de su prometida.

Sonó el silbido de la locomotora y apareció el tren, avanzando arrogante hácia el andén.

La anciana no podia contener los violentos latidos de su corazon de madre.

Sólo las madres podrán comprender y explicar lo que aquella mujer sintió en los pocos segundos que tardó en entrar en la estacion el tren.

Luis saltó del coche y cayó en los brazos de su madre, dándola mil besos y llorando de alegría.

Y luego, con los brazos abiertos aún, miró... y preguntó á su madre:

—¿Y ella?

La madre no le pudo contestar, ahogábanla los sollozos.

—¡Dios mio! ¿qué ha sucedido?... alguna desgracia...

—No, no, hijo mio, tranquilízate, murmuró la madre, queriendo sonreirse cuando de sus ojos salían raudales de llanto.

—¿Ha muerto, madre?

—¡Jesús! hijo mio, ¡qué idea!

—No puede ser otro el motivo de no venir.

—Te juro que no es ese.

—Si V. me lo jura, lo creo; pero ¿cuál es?

—Ya te contaré, hombre... ¡Qué bueno vienes! déjame besar tus manos.

—Pero ¿por qué llora V. tanto?

—¿Te parece que no debo llorar? ¿Cómo quieres que una madre exprese su alegría?...

—Es verdad.

—Me hace bien llorar.

—Pero ¿y ella?

—¡Siempre ella! ¡Cuánto la amas!

—Lo mismo que hace tres años.

—¿No la has olvidado nunca?...

—¡Oh! no, ya le contaré á V. cosas que la convenrán de que la amo como nadie ha amado en este mundo.

—La quieres más que á mí.

—Madre, ¡que diga V. eso!

—Perdona, hijo, las madres somos muy egoistas.

—Usted no, que es una santa. Pero vamos, vamos á verla... ¿A que la muy ccqueta se ha quedado arreglándose y poniéndose bonita para sorprenderme?...

Mire V., madre, ya puedo ganar lo que quiera; vengo lleno de coronas, todas las he tomado para V., y de menciones honoríficas, y de diplomas de academias... La semana que viene nos casamos... me dará usted su licencia, ¿verdad?

—¡Hijo mio!

Y pensaba la pobre madre:

—Lo que yo tenía, más enamorado que nunca. ¿Qué va á ser de mí?... y lo que ménos importa es lo que sea de mí, pero ¿qué va á ser de él?

Llegaron á la casa modestísima donde vivia la buena señora desde la total pérdida de su fortuna, y el jóven, preocupado con la idea constante que le dominaba, no reparó siquiera en que aquella casa era muy distinta de la que él habia ocupado en otro tiempo con sus padres.

Entró y la buscó por todas partes, gritando:

—Vamos, niña, sal y no me martirices... que hace tres años que estoy deseando verte á ver.

Y como no le respondia la voz amada, preguntó á su madre con acento tembloroso.

—Pero, ¿dónde está?

La anciana se decidió á mentir.

—Mira, no te habia querido decir nada, pero...

—Pero, ¿qué?...

—Una amiga suya, muy amiga, está muy mala, muriéndose, y no la puede abandonar. La enferma no está tranquila más que cuando ella está á su lado.

—Es extraño...

—Ya ves que no tiene nada de particular.

—No, no señora; no tiene nada de particular; ella es buena y comprendo que no quiera separarse de una amiga moribunda, pero...

—¿Qué? ¿dudas?

—Pero... vamos, no, no lo diré.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero faltar al respeto á mi madre.

—¿Por qué?

—¿Me perdona V. lo que voy á decir?

—Hijo mio, ¿de qué te he de perdonar yo?

—Es que lo que pienso es un agravio que le hago á V., á mi madre, á quien yo no quisiera agraviar nunca.

—¿Qué bueno eres!

—¿Me perdona V.?

—Sí, hijo mio.

—Pues bueno, entoncés le digo á V. que no me ha dicho V. la verdad.

—¿Hijo!

—Pero... y ¿qué es esto? ¿qué ha pasado aquí?... Esta casa... ¿esta casa es la de V.?...

—Sí, hijo mio.

—Pues... yo me vuelvo loco... esta casa es de una familia pobre... aquí no hay ninguna comodidad... ¡qué calle! ¡qué casa!... Madre, ¿qué es lo que ha pasado?...

—Serénate, hijo mio.

—Sí, ya estoy sereno, pero quiero saberlo todo, todo... ¡Ah! no en vano sentia yo cierto vago temor... vamos, madre, no me atormente V. con su silencio.

Y la anciana venerable, acercándose á su hijo, se arrodilló y prorumpió en sollozos.

—¡Dios mio!... levántese V., madre mia; sea lo que quiera lo que haya sucedido, V. no debe humillarse ante su hijo; yo soy el que debe hablar á V. de rodillas.

Y obligando dulcemente á su madre á levantarse, arrodillóse él, diciéndola:

—Cuéntemelo V. todo, todo.

—Hijo mio, en primer lugar, esta casa, tan pobre como es, todavía es demasiado para mí.

—Voy á perder el juicio. ¿Pues no tenía V. para vivir?

—Sí, pero una desgracia...

—¿Cuál?

Y la madre refirió al hijo la estafa cometida por la persona que era depositaria de su fortuna, añadiendo que nada había querido escribirle por no darle disgusto alguno.

—Mira, hijo mio, añadió, hasta hoy me han durado el poco dinero que pude salvar y el producto de la venta de algunas alhajillas y muebles, cuya falta has notado. No debo nada á nadie, que es lo principal. Ya ves que no es tanta mi desgracia; por tí es por quien lo puedo sentir.

—¿Por mí?... Vamos, esta desgracia no es en efecto tan grande como yo me figuraba, porque Dios me dará salud, y disfrutando yo de este beneficio, no carecerá V. de nada. Lo que sí considero grave falta en usted es no haber sido franca conmigo. Debió V. es-

cribirme esta desgracia, y yo hubiera sabido lo que hacer. ¡Pobre madre mia! ¡sufriendo tantas privaciones por no darme un ligero pesar! ¡Y ella?... Ella debe haber sufrido mucho... pero... madre, una idea horrible tengo... ¡mi hermana, mi prometida, no vive aquí!...

—Sí, hombre, ¿no ves allí su lecho?...

—Su lecho, sí, sí... pero ella, ¿por qué no está aquí?... Hable V. por Dios, madre mia, dígame usted toda la verdad.

—No puedo.

—¡Virgen Santísima! ¿me ha olvidado?... ¿Ha encontrado á sus padres?... ¡Ah! ¡ya comprendo! soy un necio, que la estoy agraviando... Ella trabaja para ayudarla á V... Por eso no ha ido á recibirme.

—¡Alma buena! exclamó la madre abrazándose á su hijo.

—¡Qué! ¿no es eso?

—¡Por Dios! hijo mio, no me preguntes más.

—¡Ah! la ha abandonado á V... Acaso otro amante...

—No, no, hijo mio. La creo honrada, pero...

—Hable V. de una vez.

—Pues bien: ¿tienes fuerza de voluntad bastante para dominar los ímpetus de tu corazón?

—Sí, señora.

—¿No influirá lo que voy á decirte en tu suerte futura?

—La incertidumbre es la que me mata.

—Pues prepárate á oír una amarga verdad...

—¡Dios mio! dadme fuerzas.

—No te ama.

—¿No me ama?

—No; nació con alma ingrata... ¿Quieres tú enmendar la obra de la naturaleza?

Luis quedó aterrado.

Pasaron algunos minutos; cubrióse el rostro con las manos, y lloró.

—¡No me ama! murmuró con profunda pena, con acento desgarrador, como quien se despide de la esperanza, que es el último bien que el hombre pierde en la vida.

—¿Comprendes ahora mi profunda pena al volver á estrecharte en mis brazos, despues de tres años de ausencia?

—¡No me ama! repitió. ¡Yo sí la amo!... ¡Desdichado de mí!

—¡Luis!

—¡Y por eso no se atreve á presentarse! ¡por eso no ha ido á recibirme!... Yo, por más que la ame de todo corazon, no puedo exigirle un amor que no existe; pero, ¿por qué no me lo dice ella?... Yo sufriré en silencio, deseando que sea feliz, y si ama á otro, si ama á un hombre digno de ella... ¡oh! ¡esto es horrible!... yo mismo la entregaré á ese hombre afortunado, que ha sabido interesar su corazon, que valdrá infinitamente más que yo... ¡Ella no me ama, y la otra me amaba tanto!

—¿Quién, hijo mio? preguntó la madre, como si viera un rayo de esperanza.

—¡Es una triste historia! ¿Y dónde está? ¿Por qué no viene?

—Hijo, no ha querido.

—Pues ¿de qué le remuerde la conciencia? Que venga; dígame V. dónde está, y yo iré á buscarla...

—Es inútil, no vendría.

—Pero, madre, ¿qué misterio es este?... ¿qué ha hecho esta mujer?...

Llamaron á la puerta en el mismo instante; era el cartero que traía una carta del extranjero para Luis.

Luis la tomó en sus manos, y miró con espanto el sobre enlutado.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Suponiendo á V. de regreso ya en su país, le participo que hace dos dias, Dios Nuestro Señor se ha servido llamar á su santa gloria á mi idolatrada hija Virginia. Su última voluntad fué que V. supiera su muerte. Cumpló, pues, su última voluntad, y le repito á V. sus palabras:

«¡Que sea feliz! ¡que la que él ama le ame como yo le amaba!»

«Ruegue V. á Dios por el eterno descanso de mi hija.»

Y la firmaba el desdichado padre de aquel ángel bueno del amor que hubiera hecho la felicidad del pintor, si el destino no hubiese puesto entre ambos el ángel malo de la ingratitud y la soberbia.

El artista quedó inmóvil, con la mirada fija como si hubiera perdido la razon en aquel momento, y su

madre hubo de llamarle repetidas veces, cogiéndole la mano, y estampando en ella esos besos del alma que sólo las madres pueden dar.

—¡Hijo! le decia, Luis, hijo mio.

—¡Oh! soy un miserable, exclamó el pintor; por mí, por mí ha muerto esa desdichada, ese ángel que Dios me envió desde el cielo, y que al cielo se ha vuelto á llevar, viendo que yo no le merecia. Virginia, amada de mi corazon, perdóname!... ¡Oh! yo la amaba, sí, mi corazon era suyo, suyo, pero mi palabra empeñada aquí, mi delicadeza, la consideracion de que iba á hacer desgraciada á la que habia sido mi hermana... ¡Desgraciada! yo lo creia así, y ella, ella me olvidaba, se burlaba de mi amor... y me preparaba una vida de pena y de remordimiento. ¿Por qué no me escribió V., madre mia, que ya no me amaba esa mujer?... Hubiera V. hecho feliz á un alma buena, digna de toda la felicidad, y V. y yo lo hubiéramos sido tambien.

—¡Hijo mio!

—Madre, estoy perdido; siento que estos dos golpes destruyen mi ventura y mi porvenir.

—¡A tu edad!...

—A mi edad, sí, madre mia. No soy yo de esos jóvenes superficiales que tienen, apénas entrados en la vida, el corazon seco, y no les conmueven los sentimientos tiernos y generosos... Con esa ingrata hubiese sido yo feliz, si ella me hubiese amado; lo hubiera sido con Virginia, á haber sabido á tiempo que la que debia esperarme aquí, la que me habia jurado amor

eterno, me habia abandonado... Ya no puedo ser feliz.

—Me destrozas el corazon.

—Madre, esa mujer, esa ingrata, ha sido nuestro ángel malo.

—El demonio de la vanidad la domina; ¿qué quieres esperar de ella?

—Es verdad.

—En cuanto me vió pobre, empezó á sentir el deseo de abandonarnos.

—¡Ah! ¡miserable!

—Nosotros, cuanto más desgraciada la juzgábamos, tanto más la amábamos y procurábamos hacerla olvidar su triste condicion.

—Ella no tiene alma, no comprende que se puede querer por querer nada más.

Luis refirió á su madre su amistad en Italia con la familia de Virginia, el amor que inspiró á ésta, los esfuerzos que hicieron sus padres para reducirle á no separarse nunca de aquella casa, y la lucha que tuvo que sostener consigo mismo para no ceder á tanto amor y á tantas distinciones, y mantener su palabra empeñada con la huérfana.

—Tienes razon, hijo mio; todos hubiéramos sido muy felices.

—Dios no ha querido.

—No digas eso; Dios sí ha querido, pero yo no he tenido bastante juicio para no ocultarte la verdad en tiempo oportuno.

—No se culpe V., madre mia; la fatalidad lo ha hecho todo.

—Admiro la carta de ese pobre padre; en ella no se advierte la más leve reconvencion, ni sombra de rencor para el que ha contribuido, aunque involuntariamente, á la muerte de su hija.

—Es que aquella familia es un verdadero modelo. ¡Cuántas veces he creído, hablando con la madre de Virginia, que estaba hablando con V. misma! Las mismas ideas de V., la misma ternura, la misma inocencia y el mismo amor maternal.

La buena madre quiso distraer á su hijo de una conversacion que indudablemente le era penosa, pero por más que hacia no podia hacerle olvidar ni la muerte de Virginia ni el desamor de la huérfana.

—¿Y nada me dices de tus pinturas?

—¡Ay! madre, mal empieza el artista cuyo corazon está herido para siempre por el desengaño.

Para el verdadero artista hay un estímulo poderosísimo: el amor; este le hace trabajar, le impone el deber de sobresalir por encima de todos, le hace amar la gloria y buscarla... pero el pobre artista sin amor, sin amigos, porque el que no cree en el amor, tampoco cree en la amistad, sin una compañera amada, participe de su gloria, no puede hacer más que pintar con más ó ménos habilidad... pero, ¿y la inspiracion?... Todos los pintores famosos, todos los maestros del divino arte han vivido bajo la protectora influencia de un amor inmenso. El amor ha sido el estímulo poderoso de los grandes artistas. Rafael, Murillo, el Tiziano, Velazquez no hubieran hecho acaso aquellos prodigios que admira la humanidad

entera, si en su juventud hubiesen caido heridos por la emponzoñada saeta de un desengaño.

Sufrieron contrariedades, sin duda, pasaron trabajos, pero amaban y eran amados.

—Pero, hijo, y yo, ¿no soy nada para tí?

—Sí, madre mia, todo; pues si no fuera por V., ya habria hecho un disparate.

—¡Hijo!

—No, no tema V., sufriré resignado, pero... quisiera preguntarle algo, quisiera sobre todo hacerla comprender que no le hago cargo alguno por su conducta, que, por más que haya sido ingrata y perjura sólo su bien y su ventura deseo.

—No, hijo mio, no la veas; será mejor.

—¿Quién sabe? Acaso tenga V. razon.

Tristes fueron los primeros dias que pasó Luis en la casa de su madre.

El jóven callaba, y la madre no se atrevia á preguntarle, para no provocar la conversacion, que sabia le habia de atormentar infinitamente.

No salia de casa, se encerraba en su estudio, y allí pasaba las horas sentado frente al lienzo que iba á pintar y sin mover el pincel que tenia en la mano.

Los periódicos anunciaron su llegada á Madrid, é hicieron una entusiasta relacion de los triunfos que en Italia habia conseguido el artista, y su madre, á quien un antiguo amigo se los llevó, los puso en el estudio de su hijo, suponiendo que éste, aunque fuera en un momento de distraccion, cogeria alguno y leeria aquellos honrosos elogios; pero pasaron dias

sin que ni por casualidad reparase en tales periódicos, y cuando al fin tomó uno en sus manos y leyó el artículo en que se hablaba de él, ni la más ligera satisfacción brilló en su semblante, y sólo se le ocurrió decir:

—¡Qué buena es mi madre! me ha puesto aquí estos periódicos, creyendo que me iba á dar una alegría. ¡Oh! pronto se acabaron las alegrías para mí.

Y desmejoraba visiblemente.

Su rostro estaba pálido, sus ojos tristes, y apenas tomaba el necesario alimento.

Empezó varios cuadros, pero apenas habia trabajado un dia ó dos en uno, dejábalo, y comenzaba otro asunto, para abandonar tambien y dar principio á otro, que no adelantaba luego más que los anteriores.

Y todos los asuntos que elegia eran tristes.

Una jóven en un ataúd.

Un hombre en actitud desesperada, con una pistola en la mano.

Una mujer muy hermosa mirándose al espejo, en el que se veia una furia del infierno.

El amor preso en una lóbrega cárcel.

Unas mujeres, muy hermosas y desenvueltas, riéndose del amor, y haciéndole muecas ridículas.

Un celoso matando á su amada.

Estos y otros asuntos comenzó, y ninguno llegó á concluir.

De su viaje habia traído algunos cuadros, y entre ellos un retrato de su prometida, hecho de memoria,

pero que no sería más fiel y exacta copia á haber tenido delante el original.

Un dia llamó á su madre y le dijo:

—No viene; decididamente no viene; ha roto para siempre con nosotros... No tenemos, pues, derecho á tener aquí nada que le pertenezca, y este retrato que hice yo en Italia le pertenece, y quiero que se lo envíe V.

—Hijo, no merece...

—Quien no lo merece soy yo, que he perdido su amor. V. no me quiere decir dónde está; si me lo dijera, yo mismo se lo llevaria; pero no insisto: lléveselo V., ó envíeselo, que será mejor.

Los deseos de Luis eran órdenes para su madre. El retrato fué enviado á su dueña, que, al recibirlo, exclamó:

—No creí yo que pintara tan bien Luis. Me ha puesto dos ó tres años más; pero no estoy mal... ¡qué lástima que no me haya puesto otro traje!... Los hombres no entienden de eso... ¡A quién se le ocurre retratarme con vestido negro?...

A la persona que llevó el retrato, dijo que diera *muchas gracias y expresiones*.

¿Tendria corazon aquella mujer?...

Y no sólo lo tenia, sino que funcionaba perfectamente, y no se le oprimia al pensar en su hermano de la infancia, ni sentia el más leve impulso de agradecimiento al recordar los beneficios recibidos de aquella benéfica familia. Al contrario, sentia cierto despecho al considerar que la que le habia ser-

vido de madre, y su hermano, podian siempre decir:

—De las losas de la calle la recogimos.

La naturaleza se complace en presentar en los seres dotados de razon caractéres de tan monstruosas condiciones, que acaso serian una rareza entre los animales que no tienen discernimiento.

La conquistadora del viejo verde, ex-ministro, conde y otras hierbas, Tomasito Meco, era uno de esos caractéres, así como el tal ex-ministro, con las condiciones más brillantes para haber podido ser un hombre de bien y un hombre útil á la patria, habia sido siempre un pícaro redomado y un político funesto al país.

## XXVI

### La gran escena.

El señor estaba ya bueno; ya habia logrado echar fuera de su distinguida persona la importuna enfermedad que le produjo aquel baile, y volvía otra vez á engalanarse el hombre, y á teñirse los pelos, y á apretarse la cintura y á echarse para atrás, en lucha reñida con la edad, que le empujaba hácia adelante.

La enfermera le tenia ya cogido y bien cogido, tan bien cogido, que se estaba disponiendo todo lo preciso para la boda, de la cual se hablaba mucho en Madrid, desde que los papeles públicos habian empezado á dar bombo al asunto.

Hé aquí para muestra algunas de las gacetillas que se publicaron:

«ENLACE PRÓXIMO.—La semana próxima debe contraer matrimonio el Excmo. Sr. D. Tomas Meco, ministro que ha sido de la corona, con una señorita huérfana de los marqueses de *Castello-nero*, nobilísima familia, originaria de Italia, y cuya antigüedad se remonta á las Cruzadas. Con este motivo la buena sociedad de Madrid se promete una suntuosa fiesta.»

Otra.

«*Cayó*.—El discreto y siempre distinguido hombre político D. Tomás Meco, que pasaba en la alta sociedad por el hombre más incasable del mundo, ha rendido al fin el pabellon á los piés de una bellísima señorita, hija de los marqueses de *Castello-nero*, los cuales no han muerto, como dice un periódico mal informado, sino que viven y se les espera en Madrid para asistir á la boda de su hija. Los esposos *saldrán* á pasar la luna de miel en el extranjero, si es que su Majestad no llama otra vez á sus consejos al señor Meco.»

Los reyes serán padrinos.»

Durante muchos dias no se habló en Madrid, es decir, en la buena sociedad, más que de la boda de

aquel incasable personaje, y en una tienda de la calle de Espoz y Mina estuvieron expuestas las *vistas* de la novia, y en la joyería de Samper pudo el público admirar las magníficas joyas que el novio regalaba á la novia, y todos los músicos de las acreditadas murgas de esta córte ensayaron las mejores piezas de su repertorio para ir el dia de la funcion á festejar á los recién casados, y todos los pobres de Madrid se daban de ojo para no faltar en tan solemne ocasion á ver lo que daba de sí aquel *arrastrado* que tenia más dinero que pesaba.

Yo no sé, ni he de ir ahora á averiguarlo, cómo se compuso la hija de los de *Castello-nero* para probar en la Vicaría que eran tales imaginarios seres sus nobles ascendientes; pero lo cierto fué que, como hija de aquellos respetables señores, que no existieron jamás, se la publicó en las acostumbradas amonestaciones.

Malas lenguas aseguran que hubo de por medio unto de Méjico, que es un unto que sirve para más usos, y obra más prodigios que el ya famoso aceite de bellotas que, segun los anuncios de su inventor, provee de pelo á *toda la superficie humana*, y lo hace salir del color que se quiera, hasta en medio de un plato de Talavera.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto fué que la que no habia tenido padres nunca, fué tenida por todo el mundo elegante como hija de una familia de las más encopetadas, con lo cual su vanidad quedó satisfecha, aunque no lo quedase su conciencia.

Verdad es que cuando las pasiones dominan, parece como que duerme la conciencia.

No hay que fiarse de este sueño, porque la conciencia despierta siempre, todos tenemos en la vida alguna situación en que la conciencia habla, aunque haya callado mucho tiempo, y áun los de más empedernido corazón, no se van de este mundo sin haber oído una vez la voz de la conciencia; no hay conciencia que duerma en la hora suprema de la muerte.

La novia continuaba en la casa de doña Dolores, en la misma casa en donde pescó al ex ministro, y no es fuera de razón decir que pescó, porque el bueno de Tomasito Meco era un pez de cuenta.

¡Y en medio de aquella embriaguez de lujo, de adulaciones, de farsa y mentira, ni se acordaba siquiera la ingrata de aquella santa mujer que como á propia hija la había querido, ni de aquel honradísimo jóven que tanto tiempo había alimentado la dulce esperanza de llamarla suya!

Y si alguna vez se acordaba, procuraba desechar en seguida el importuno pensamiento, y parecía como que hasta se avergonzaba, en la posición elevada á que había subido, de haber debido la vida á personas de una condición modesta y que no podían presentar á los ojos del mundo más nobleza que la de la virtud y la honradez, nobleza que no deslumbra á nadie en esta sociedad, donde la apariencia es la que priva, y se mira á cada cual según lo que vale, pero no se repara en los medios de que para valer se ha valido.

Llegó el día de la boda.

Un coche de palacio fué á buscar á la novia, que subió en él con el mismo desembarazo que una reina acostumbrada á tales lujos, y con la misma desenvoltura atravesó los salones de la regia morada hasta llegar al en que fué recibida por los reyes, que la trataron con la mayor afabilidad y á quienes encantó su hermosura, no ménos que su elegancia y su talento.

Un obispo con barbas que por entónces se hallaba en Madrid, procedente de un remoto país y de paso para otro más remoto, bendijo á los contrayentes, y terminada la ceremonia, la reina, con su proverbial munificencia, regaló una gran cruz de brillantes á su consejero, dió otra condecoracion á la nobilísima hija de los *Castello-nero*, y muchas memorias para estos apreciables señores, y despidió á los dos felices esposos, que volvieron al domicilio conyugal en el mismo coche de la real casa, él aturdido y atortolado, y ella rebosando de vanidad, satisfecha y riéndose de él grandemente.

Ya los esperaban á la puerta grupos de siniestros embozados, que estaban allí hacia más de media hora, y cualquiera hubiese temido si tratarian de dar un golpe de mano, á juzgar por el aire misterioso con que se hablaba en cada grupo.

Pero no habia tal golpe de mano; de lo que se trataba era de una descarga de metralla musical, que tuvo efecto en cuanto los esposos fueron á apearse del carruaje.

Cada una de las murgas rivales atacó una pieza

de música, y ya pueden figurarse los lectores aquella encantadora armonía; miéntras una tocaba la marcha del *Profeta*, que es seguro que ningún profeta hubiera podido dar un paso si le hubiesen tocado aquella marcha de aquel modo, otra tocaba la marcha turca de Mozart, que no era tan turca como la que tenia en el cuerpo cada uno de los músicos ejecutantes, y otra tocaba el bolero de *Las Vísperas Sicilianas*, y otra más modesta y patriótica tocaba unos aires nacionales, que no los hubieran conocido los mismos nacionales más avezados á esos aires.

Pero en medio de aquel estruendo que enardeció al ex-ministro, que estaba ya para pocas músicas, la recién casada, al bajar del carruaje, oyó un grito, y vió á su lado un hombre que la miraba con ojos espantados.

Ella palideció, pero se repuso en seguida, y siguió por el portal adelante, apoyada en el brazo de su adorado tormento, que con las emociones del día estaba que no sabia lo que le pasaba.

Y el hombre que habia lanzado el grito estaba allí, delante del portal, inmóvil, hecho una estatua, con los ojos fijos, como si tampoco supiera lo que le pasaba.

Y las murgas continuaban su obra de destruccion.

Pero salió un caballero de frac, que lo ménos debia ser el que limpiaba las botas al ex-ministro, y á los recaudadores de cada una de aquellas orquestas entregó cinco duros y dió orden de no tocar más, con lo cual los murguistas se fueron, un poco picados por

el desaire que se les hacia no queriendo oir sus armoniosos cantos, pero con el propósito firme de volver más tarde á ver si volvian á llover monedas de cinco duros y estaban los señores en mejores disposiciones filarmónicas.

—Ella es, no tengo duda, murmuró al fin el del grito, y acercándose luego al caballero que habia despedido á los músicos, le preguntó:

—¿Quién vive en esta casa?

—El Excmo. Sr. D. Tomas Meco, que ha sido ministro.

—¿Y qué fiesta es esta?...

—Que se casa hoy el señor.

—¿Se casa?

—Se ha casado ya; ahora ha venido con su mujer de Palacio; los ha casado la reina.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—Y ella ¿quién es?

—Una señora, y muy guapa; no sé su nombre, pero su título es *Castello-nero*.

—¿Cómo?

—*Castello-nero*.

—Es ella, sí, murmuró otra vez el del grito.

—Este hombre está loco, dijo para sí el criado vestido de etiqueta.

Y empezaron á llegar coches, de los que bajaban caballeros de frac negro y guante blanco, y señoras con mucho vestido por abajo, y ninguno por arriba, unas bellas y jóvenes, y con unos hombros muy bien

modelados, y otras flacas como espárragos, y con unos huesos que hubieran podido servir de lancetas á cualquier cirujano sangrador.

Mucho tiempo permaneció en la acera de enfrente; vió ir y venir coches, y bajar de ellos damas y caballeros, y al fijar la vista en uno de los balcones bajos de la casa, espléndidamente iluminada, volvió á exclamar:

—Sí, sí; ¡ella es!... ¡Oh! ¡me vengaré!... ¡Infame!  
Y desapareció.

Los salones del ex-ministro estaban de bote en bote. Allí estaban desde el presidente del Consejo de ministros hasta el revistero de *La Epoca*; es decir, todo lo más distinguido de Madrid.

Allí habia poetas líricos deseando que se abriera el bufet, muchachas solteras diciendo para sus ballenas:—¿Cuándo me veré yo en otra?—y señoras casadas, y jamonas sin casar, espiano los más leves gestos de la recién casada para adivinar lo que pensaba y poder hacer comentarios y observaciones, y examinando con la más rigurosa escrupulosidad todas las prendas de su tocado para ver si podian cogerla algun detalle de mal gusto.

Pero ella no era tonta; sabia que la iban á mirar mucho, y estaba vestida de una manera irreprochable. No habia allí quien la sobrepujara ni en belleza ni en elegancia, y ella lo sabia perfectamente.

La que era bonita era sosa; la que vestia con suma

riqueza era desgarbada; la que tenia esbelto talle y aire distinguido, asustaba en volviendo la cara; en fin, todas tenian algun pero, mas ella no tenia pero.

Ya se habia hecho música.

Ya se habian tomado los convidados todos los helados que podian resistir.

Ya se habia quitado el pellejo á todo Madrid.

Pronto iba á abrirse el bufet.

Un criado se acercó al ex-ministro y le dijo:

—Un caballero pide á V. E. licencia para entrar.

—¿Quién?...

—El baron Luiggi de *Castello-nero*.

—¿Cómo?... preguntó el ex-ministro con el mayor asombro.

—El baron Luiggi de *Castello-nero*.

—¡Hombre! dijo el ex-ministro para sí, ¿quién demonios puede tener ese nombre inventado para mi mujer?... ¿qué es esto?...

—¿Le digo que pase?... preguntó el criado.

—Sí... digo, no, no... pero sí, que pase, dijo por fin el ex-ministro, que no se espantaba por tan poco, y que ya tenia curiosidad de saber qué clase de hombre era aquel que tomaba un nombre que era puro fingimiento.

Y entró en el salon el baron Luiggi de *Castello-nero*.

Era un jóven alto, airoso, distinguido, elegante.

Hizo una profunda cortesía al ex-ministro, y éste se la devolvió más profunda todavía.

—Mi nombre, dijo con un ligero acento italiano,

habrá hecho á V. conocer que pertenezco á la familia de la señora que alcanza la honra de llamarse esposa de un hombre de tan relevantes cualidades como usted.

Nueva cortesía del viejo, que no podia sospechar si aquel jóven era un chusco, un loco ó un demonio.

—Hace dos horas, continuó el baron, he llegado á Madrid, en nombre de los ilustres padres de la desposada, detenidos en Italia á su pesar por algunos dias, y vengo á cumplir el encargo que me hicieron de representarlos en el acto solemne del casamiento. He llegado tarde; y ya que no haya tenido el honor de presenciar la ceremonia, he querido venir á ofrecer á V. mis respetos, y á dar mil y mil plácemes á la afortunada esposa de tan ilustre hombre de Estado.

Cortesías repetidas del hombre de Estado, que en aquel momento estaba en Babia: tal era su asombro.

—Yo soy, continuó el jóven, primo hermano de la desposada, y ruego á V. me presente á ella.

—Caballero, yo... en efecto... tengo el honor...

Y el hombre no sabia qué decir, ni qué cara poner.

El jóven no tenia la menor apariencia de representar una comedia; habia un aplomo en sus frases, y una sinceridad en su semblante, que no podian infundir la más leve sospecha.

—Pero, señor, se decia el hábil diplomático, el gran político, ¿qué quiere decir esto?... ¡Como mi mujer no tenia nombre, hemos convenido ella y yo en tomar uno de pura fantasía, y ahora me resulta un primo con ese nombre!.. ¿Qué intriga es esta?...

—¡Ah! allí la veo, exclamó el joven señalando á la recién casada, que en aquel momento se separaba de un grupo de señoras, y con paso firme se dirigió hacia ella.

La desposada le miró y quedó muda de asombro.

Era él, Luis, su prometido, el mismo que, al apearse ella del coche, habia lanzado un grito que sólo ella oyó, en medio del estruendo de la murga.

Luis se quedó mirándola tambien, sonriendo con la mayor naturalidad del mundo.

—¡Ya no me conoces!.. la dijo... No es extraño, hace años que no nos vemos...

—¡Yo!...

—¡Vaya! añadió Luis con aire jovial, dirigiéndose al esposo, que se acercaba, hágame V. el favor de presentarme á su señora, ya que ella es tan olvidadiza.

—Pero...

—Ya ve V. que no me conoce...

—En efecto... no sé... se atrevió á decir la aludida.

Y todos miraban al marido, á la mujer y al incógnito personaje que habia aparecido en la escena, y á quien no conocia ninguno de los invitados á aquellas solemnes bodas.

La situacion era muy crítica.

Por fin el ex-ministro no tuvo más remedio que continuar la comedia.

—Pero, mujer, dijo á la suya, este caballero es tu primo hermano el baron...

—¿El baron?.. repitió preguntando la recién casada.

—El baron Luiggi de *Castello-nero*.

—¡Ah! mi primo, exclamó la pobre, continuando la comedia á pesar suyo, y cuando su corazón rebosaba odio é indignación.

Y alargó la mano á Luis, que se la apretó de una manera muy expresiva, y miró á su marido, que la miraba también, y aunque, habiendo delante tanta gente que no perdía un gesto de los tres personajes, aquellas miradas no podían tener intención alguna aparente, la mujer y el marido se hicieron al mirarse esta misma pregunta:

—¿Qué significa esto?

—Tus padres quedan en buen estado de salud, añadió Luis, muy pesarosos por no haber podido venir á bendecirte en estos momentos; pero desde allí te bendijeron, y yo soy el portador de su bendición. ¿Te acordarás mucho de ellos?

—¡Oh! sí.

—Bien lo merecen; padres como los tuyos no los tiene nadie.

El ex-ministro no perdía una sílaba; pero cada vez entendía menos.

—Esta noche, hasta que termine esta fiesta, usurpo el puesto de V., añadió el *primo*, ofreciendo el brazo á la *prima*, que hacía esfuerzos heróicos por contener su indignación.

Y el marido sin poder decir una palabra, sin poder pedir explicaciones al intruso.

Y empezó la pareja á recorrer los salones, en tanto que el marido daba noticia del elegante italiano y de toda su prosapia á los curiosos que le rodearon.

—¡Oh! decía, es un jóven muy distinguido, tiene todo el corte de un diplomático. Yo deseo que se naturalice español para poder darle cabida en nuestro brillante cuerpo diplomático.

—No habia yo oido nombrar esa familia de Castellonero, decía un gran heráldico, secretario de no sé qué órdenes.

—¡Oh! es una familia de las más ilustres de Italia, añadía un marqués más tronado que arpa vieja. Yo he conocido en Florencia á los padres de la noble dama que ha merecido el amor y el nombre de nuestro amigo Meco. Tienen un palacio magnífico...

—Pero, ¿se burla de mí toda esta gente? se preguntaba el héroe de la fiesta.

—Yo conozco, decía otro, á muchas personas que conocen á los padres de nuestra nueva amiga, y todas me han hecho de ellos los más cumplidos elogios.

—Nunca tantos como merecen, añadía gravemente el recién casado, que empezaba á temer otro ataque cerebral como el que fué causa de su casamiento.

La broma empezaba á ser pesada por todo extremo, y el ex-ministro temia ya, y no sin fundamento, ser la fábula de la córte, y perder todo su prestigio.

Y como los hombres políticos, todo lo que les pasa suelen achacarlo á intrigas y manejos de sus enemigos, tambien llegó á creer Tomasito Meco que allí andaba la mano oculta de sus enemigos; pero no cayó en la cuenta de que su verdadero enemigo era él mismo, que á los años que tenia se habia aconsejado

con tan notoria falta de cordura aquella boda y con aquella mujer.

¿Y la heredera nobilísima de *Castello-nero*?

El *primo* se la habia llevado apoyada en su brazo, y ella ¿qué habia de hacer?

Su posicion era sumamente comprometida.

Tenia miedo, como lo tiene siempre quien no se ha conducido como debe.

Temia que su compañero de la infancia diera un escándalo; temia que en medio de aquella sociedad cortesana fuera á descubrir aquel hombre la historia de la que se habia convertido en gran señora.

La serenidad del artista la impresionaba vivamente.

Su prometido estaba, en su concepto, dispuesto á todo.

Sin embargo, no era mujer de amilanarse en aquel trance, y ella fué la que primero rompió el silencio, cuando se hallaron en un sitio donde no habia convidados.

—Luis, ¿qué pretendes de mí?... dijo, procurando contener la ira que rebosaba en sus labios y en sus ojos. ¿Qué significa esto?...

—Nada, no significa nada: he querido venir á tus solemnes bodas, y como no me has invitado, he tenido que tomar el pretexto de fingir ser uno de los individuos de tu familia de *Castello-nero*. ¡Bonita familia! ¿Dónde diablos has hallado esa familia tan ilustre?

—¡Luis!...

—¿Te enojas?..

—Mi posicion es otra.

—¿Otra?... Y porque sea otra tu posicion, ¿habrás dejado de ser una mujer infame y miserable, digna del desprecio de las personas honradas?... ¡Infame! sí, no, no te vas, te he de llamar infame una y mil veces... ¡Infame! no vengo á echarte en cara tu origen, no vengo á culparte de la culpa de tus padres; pero vengo á decirte que has despreciado á mi madre, que has huido de ella, de mi madre, que te amó como á hija, que hizo por tí los mayores sacrificios, que te dió abrigo en su hogar, que de tí fió mi ventura, que es lo mismo que haberte dado su vida entera... ¿Qué has hecho, miserable, de la felicidad de mi madre?... ¿Qué has hecho de la mia?... ¡Oh! yo te he amado como á un ángel del cielo, yo no he pensado más que en tí, yo venia lleno de esperanza y de ventura... y tú, infame, tú, perjura, tú has destruido en un momento mis esperanzas, mi porvenir, mi vida... Sí, mi madre se morirá de pena, pensando en tu ingratitud y mi desventura, y yo moriré porque, ¿para qué quiero vivir?...

—Luis, calla, que vienen.

—¡Ah! ¡sí!... ¡cuánto celebro, prima mia, que esta boda haya colmado tus deseos! has hecho una eleccion admirable; el conde, tu esposo, es un hombre de talento, jóven, porque si parece de más edad es porque el estudio, el demasiado talento hacen envejecer prematuramente... es un esposo digno de tí.

Y los que veian á la hermosa pareja hacian co-

mentarios muy curiosos en los diversos corrillos en que se dividia la escogida concurrencia.

—Me parece á mí, decia un gran murmurador, que la recien casada no esperaba la visita de su primo.

—¿Por qué?... Su visita me parece muy natural...

—Es verdad, entre primos...

—No hay prima que no haya tenido por amante á su primo.

—El ahora le dará sus quejas, ella se disculpará... y luego...

—Entendido... ¡Pobre Tomasito Meco!

—Vaya que un hombre de su edad no tiene mucho derecho á quejarse.

—Es verdad, al demonio se le ocurre casarse á sus años .

—Todos estos solterones, que han sido el escándalo del mundo en sus verdes años, acaban tan trágicamente como este pobre diplomático.

—La noche de la boda ya le sale el primo.

—Eso no es malo, amigo mio.

—¿Por qué?...

—Porque así se acostumbra el marido desde el primer dia.

—¡Qué lengua de hacha!

—¡Hombre! lo que digo no tiene nada de particular.

Y en tanto que en un extremo de los salones continuaba esta conversacion, Luis é Isabel conversaban, al parecer, lo más amigablemente del mundo.

El ex-ministro, que pudo verse libre de las pre-

guntas que sobre el noble baron *Luigi* le hacian sus amigos, y que estaba sumamente inquieto, se echó á buscar á su mujer, y la halló con el jóven, apoyada en su brazo y hablando con él.

—Pero, ¿qué demonios es esto? se preguntaba el viejo.

Y acercándose á la pareja, se atrevió á decir:

—Caballero...

—¡Ah! que es mi querido primo, venga esa mano: supongo que me permitirás que nos hablemos con aquella franqueza propia de parientes que se estiman. El V. es la frase más empalagosa que conozco... hasta es contraria á la belleza y armonía de la noble lengua española, y las Academias debian suprimirla. ¿Eres tú de alguna Academia?

—Pero, caballero...

—Ahora mismo estaba haciendo á mi amada prima tu más cumplido elogio. Allá en Italia tienes una reputacion colosal de hábil político, y en un banquete que dió S. M., y al cual tuve el honor de asistir, brindó por que Italia llegara á tener un ministro como tú.

—¡Vive Dios! decia para sí el ex-ministro, este hombre se burla de mí... Pero tenia que sonreirse y hacer cortesias y poner la mejor cara posible en quien tenia propiamente la cara de un mico, porque allí estaban oyendo la conversacion otras personas, y no tenia valor para arrostrar la situacion, desmascarar á aquel hombre, que le ofendia con su presencia, y arrojarle de su casa.

En la alta sociedad hay todos los dias comedias análogas.

Los jóvenes pidieron bailar otra vez, y el *primo* aprovechó la ocasion para decir á su prima jovialmente:

—Bailaremos; esta noche tengo que desesperar á tu marido.

Este puso una cara como un Lucifer.

—Pero si se enoja, no, añadió el artista.

—¿Cómo enojarse?... observó una jamona más revocada que casa de ayuntamiento. Tomasito no es un marido ridículo como otros.

—¡Oh! no, por cierto, añadió el marido con una sonrisa tan espontánea como si le estuvieran metiendo un alfiler por el estómago; que baile, que baile con su primo... Yo no bailo ya.

Y rompió la orquesta un magnífico wals, y todo el mundo se trasladó al salon del baile, y Luis y su prometida empezaron á bailar pausadamente al principio, pero despues con una rapidez vertiginosa.

Luis estaba medio loco, su cabeza ardia, y daba y daba vueltas, arrastrando materialmente á su pareja, y murmurando al oido de la ingrata: —¡Infame! ¡Infame! ¡Infame!

Y todos celebraban aquel verdadero prodigio de seguridad en los piés, y de firmeza en la cabeza, que una y otra debian ser muy grandes cuando la pareja no caia, y volaba dando vueltas, que no hubieran podido dar tantas y tan rápidas las más acreditadas artistas de los teatros extranjeros, esas mujeres que

parecen propiamente hechas de goma elástica, sin huesos ni coyunturas.

La recién casada no podía más, se ahogaba, y la orquesta parecía como que se complacia en su martirio, y seguía y seguía aquel maldito wals, bien ajeno el que llevaba la batuta de creer que en aquel momento hubiera dado algo bueno la dueña de la casa por que á todos los músicos, y á él el primero, les acometiera una parálisis que les imposibilitara de seguir tocando.

Los espectadores estaban sumamente complacidos también, y el esposo, si hubiese tenido dientes, se hubiera dado cada mordisco de rabia en la lengua, que acaso se la habría comido como si fuera de vaca ó de carnero.

Al fin cesó la orquesta, porque al músico mayor se le cayó la batuta, no pudiéndola sostener su cansado brazo, y la pobre Isabel cayó también sin aliento en un diván; pero el *primo* quedó tan sereno como si nada hubiera hecho, contemplando á su pareja y diciéndole:

—Has perdido la partida, hija mía; ya ves cómo á mí no se me puede retar á bailar. Precisamente he sido siempre el más incansable bailarín. Si quieres descansar un poco y que continuemos después...

Isabel lanzó al *primo* una mirada que no sería más irritada la de una pantera; pero Luis continuó impasible, y recibió con suma jovialidad los plácemes que le daban señoras y caballeros por su fuerza y agilidad.

—Mucho baila V., le dijo una señora muy gorda, ya entrada en años y salida tambien de muchos; pero no me extraña; yo me atrevo á seguirle á V. doble tiempo que le ha seguido la hermosa desposada.

—Otro dia haremos la prueba, señora.

—Acepto; yo recibo los miércoles, y tendré un singular placer en ver á V. en aquella su casa, y presentar á V. á mi esposo, que hoy precisamente no ha podido venir á esta fiesta por haber sido nombrado segundo cabo de una provincia.

Aquella generala se habia enamorado del baron de *Castello-nero*, y se apresuraba á comprometerle antes de que otra se adelantase.

Otras señoras, en efecto, le invitaron tambien á sus reuniones, sólo por aquella habilidad de bailar los imposibles sin cansarse.

En la alta sociedad, una de estas habilidades de danzar, ó cantar, ó tocar algo, suele llevar muy léjos á los afortunados mortales que las poseen, y más de un jóven oscuro y tonto de la cabeza se ha encaramado rápidamente y ha hecho una suerte loca por tener ligereza en los piés, y algun hombre de Estado ha dado mucho que hacer al mundo, habiendo debido su fortuna á ser una especialidad en dirigir é inventar lo que se llama cuadros vivos; y escritor he conocido yo en quien nadie reparaba y que se hubiera muerto de hambre, si no hubiese tenido la feliz ocurrencia de inventar una nueva figura de *lanceros*.

En tales y tan pequeños principios suele á veces fundarse el próspero destino de un hombre, la suerte

de un pueblo, el porvenir de una dinastía, la ruina de un trono secular.

Este es el mundo.

Gran comedia, en la cual, los más tristes y trágicos principios suelen tener los fines más cómicos y grotescos, y al contrario: esta comedia es curiosa de ver cuando se tiene sana la conciencia y aprovechan los saludables ejemplos que la sociedad ofrece á los hombres y á las mujeres de buena voluntad para el bien, y á quienes el mal parece siempre repulsivo, aunque esté engalanado con los atavíos deslumbradores con que se presenta en el mundo.

El pobre Luis recibió felicitaciones de todos aquellos ridículos personajes, y fué objeto de la envidia de cien pollos espirituales, y de la admiracion de aquellas mujeres frívolas, superficiales, coquetas con la coquetería más tonta del mundo, y maliciosas tanto ó más que jamonas muy corridas.

Llegó la hora de la cena; magníficamente servida estaba en uno de los más elegantes salones de la casa del ex-ministro.

Pero pasemos al comedor, si Vds. gustan, queridos lectores, porque una cena tan soberbia, bien merece capítulo aparte.

## XXVII

**Continúa el mismo asunto.**

Tomó asiento la recién casada en el sitio principal de aquella magnífica mesa, y por indicacion unánime del distinguido concurso su primo el baron Luiggi de Castello-nero ocupó el asiento inmediato al de la reina de la fiesta.

Los convidados no sabian qué hacer para lograr las simpatías de la recién casada, que el mejor día seria ministra, y que era ya persona de cierta influencia en palacio, por haber sido apadrinada en sus bodas por los reyes, y en todas partes por su peregrina hermosura; no sabia aquella gente adulatora y servil que en lugar de hacerla un favor la estaba proporcionando un horrible martirio.

Pero era tan bella pareja la que formaban los dos *primos*, que cualquiera que hubiese entrado en el salon, sin conocer á los recién casados, con sólo pasear

una mirada por la concurrencia hubiera designado á aquellos dos jóvenes, que parecían nacidos para unirse y amarse.

Y si al que tal creyera le hubiesen sacado de su error y mostrádole el verdadero esposo y mártir de la hermosa, de fijo que hubiera sufrido cierto pesar al ver cierto lo absurdo y repugnante,—que absurdo y repugnante es el matrimonio de un viejo gastado y vicioso con una mujer joven, hermosa y llena de salud y de vida,—y falso lo que parecía más bello, más lógico y más natural.

—Los primos parecen los verdaderos novios, observó una señora.

—¡Maldita seas! pensó el marido, echando una mirada llena de enojos á la señora que acababa de decir aquella gracia, cuya señora habia sido en otro tiempo una de las más favorecidas por Tomasito Meco, y que no sabemos qué derechos creia tener al averiado corazón del novio; el caso era que veía con muy malos ojos aquella boda, y que de buen grado hubiese dado algo bueno por que á la novia le salieran en aquellos solemnes momentos unas viruelas negras de las más pegajosas y destructoras.

La pobre señora estaba *volada* al ver aquel disparate que hacia Tomasito Meco, porque ella juzgaba disparate todo lo que no fuese casarse con ella, como habia esperado en vano algunos años, fiada en las protestas de amor del ex-ministro.

No necesito encarecer al discreto lector con qué gusto cenaria la recién casada, que llevaba ya algu-

nas horas de martirio, y que tenia que poner buena cara al ilustrado concurso, temerosa de que á alguien se le ocurriese la más leve sospecha respecto de las relaciones que podian existir entre la esposa del grande hombre de Estado y aquel primo que se habia presentado á última hora.

Cualquiera que la hubiese visto comer, sabiendo el estado de su ánimo, habria temido con fundamento que la pobre señora, en la noche de sus bodas, fuese víctima de una indigestion.

El primo estaba de un humor delicioso, á todo el mundo encantaba con su amenísima conversacion, y la novia era objeto de toda su solicitud.

Isabel empezaba á no poder más.  
—Es preciso que esto acabe, dijo en voz baja al jóven, á tiempo que éste la servia.

Pero no estaba todavía satisfecho el pobre enamorado; todavía no habia sufrido bastante, porque él, bajo aquella apariencia de alegría, sufría mucho más que ella, y tenia que hacer poderosos esfuerzos para no romper á llorar. Su voluntad contenia las lágrimas que se le agolpaban á los ojos; sentia un dolor horrible en el corazon, y hubiera querido perder la razon.

Tomasito Meco habia advertido que el incógnito bebia demasiado.

Se habló de bodas, de amores y galanteos, y el jóven no tardó en tomar parte en la conversacion y hacerse dueño de ella; tal era ya su prestigio, que cuando él hablaba todos le oian atentamente.

—¡Amor! decía, ¿y hay amor en el mundo?... Yo no le he visto nunca; lo que he visto ha sido más de un ejemplo para poder negar la existencia en el mundo de ese personaje. Yo tenía un amigo que amó mucho á una mujer, tú te acordarás, Isabel, como tú se llamaba...

—¿Yo?... No recuerdo...

—Cuéntenos V. esa historia.

—Es una historia muy triste para un día de boda.

—No importa; yo me muero por las historias tristes de amor, dijo aquella jamona, en mejores tiempos favorecida por el ex-ministro.

—Pues la historia es muy sencilla: la perjura se casó con un viejo ridículo y abandonó á mi amigo, que se ha vuelto loco de desesperacion.

Todos se miraron, como diciéndose:

—Ya estamos al cabo de la calle.

Tomasito Meco hubiera querido poder mandar fusilar á aquel intruso.

Isabel se sonrió con la mayor impasibilidad.

Esta sonrisa, que no expresaba otra cosa que el disimulo, para alejar toda sospecha de que ella fuera la protagonista de la historia, hizo mucho daño al desdeñado amante.

—¡Infame! murmuró, y volvió á beber.

—¿Y es persona conocida el pobre loco? preguntó un cronista de salones, que ya estaba pensando en una anécdota para su próxima revista en la *Epoca*.

—¡Oh! no, señor; es un jóven modesto y oscuro, un pobre hombre, lo que se llama un infeliz. A los ricos

no se les desdeña, y á los que sin ser ricos son malvados, tampoco, porque ántes de que se les pueda burlar, ya han burlado ellos á las que de ellos se fian. El mundo es una cosa muy divertida. El hombre honrado y leal hace siempre el papel jocosó, el papel de víctima, que en un mundo como éste la víctima es siempre de quien se rien las gentes. Aquella infame que se burló de mi amigo está hoy viviendo en medio del lujo y de los placeres, que han sido el precio á que se ha vendido la miserable, miéntras él sufre, sufre horrible martirio, porque en su demencia, ella es el único objeto que no puede apartar de la memoria.

—¿Y quién es ella, y quién es él?... preguntó otra vez el revistero, que imaginaba ya dar ciertas señales en su artículo, por las que todo el mundo pudiera venir en conocimiento de quiénes eran los actores de la anécdota.

—No viven él ni ella en la córte.

—¡Cuánto lo siento!

—Mi prima los conoce bien, y si ella me autoriza á que diga sus nombres...

Isabel temblaba ya, considerando que Luis tenia alguna siniestra intención.

Luis seguia bebiendo, y ahogándose.

Ya tocaba á su término la cena. Uno de los aduladores del ex-ministro, de los que caian y subian con él, empezó el brándis.

Todos brindaron por la felicidad del nuevo matrimonio; un poeta, bastante desgraciado, leyó un epi-

talamio en honor de tan faustas bodas, muy largo y muy sentimental, en el que se ponderaba la inocencia y virtud de la esposa y se hacia el elogio más soberbio de los talentos y merecimientos del ilustre esposo, pero en versos tan ramplones y tan sin medida, que al concluir nadie se atrevió á aplaudir, y en medio del silencio general sonó una estrepitosa carcajada.

Era Luis el que se reia.

El poeta le miró con ira, y Luis se levantó y le miró tambien como provocándole.

—¡Hombre! exclamó, si yo fuera el novio tendria usted que batirse conmigo por haber venido á turbar mi tranquilidad con ese pedrisco de versos.

—¡Caballero!

—¿Se ofende V.?... Pues lo dicho, dicho: yo no soy hombre de permitir que en mi presencia se insulte á las musas, únicas mujeres á quienes nadie defiende de las injurias que se les hacen.

—¡Caballero!...

—¡Hombre! esos versos son muy malos, esto no tiene nada de particular.

—Estamos en una casa respetable.

—Por eso no debia V. haber venido á leer eso en una casa respetable, y no me mire V. con insolencia, porque yo no lo sufro en ninguna parte, por respetable que sea.

Luis estaba ya completamente aturdido, el Burdeos y el Champagne habian acabado de enloquecerle.

Tomasito Meco se creyó en el caso de intervenir en el asunto.

—Caballero, dijo á Luis, ruego á V...

—¡Calle! ¿tambien tú te incomodas?... ¿Vas á defender esos versos? Se necesita más valor que para defender uno de esos empréstitos que haceis los gobernantes para ruina del país. Señores, no hay que asustarse; yo soy muy claro, muy claro, y le digo las verdades al sol.

—¡Luis! dijo la novia.

—¿Te han gustado tambien á tí los versos?... Buen gusto literario tienes, hija. Bien que no se puede esperar otra cosa de quien se enamora tan furiosamente como tú te has enamorado de un ente como el señor.

—¡Caballero! dijeron á la vez todos los concurrentes.

—La verdad; este señor será una joya para ministro, pero para marido... por Dios, señores, que no les ciegue á Vds. la pasion. ¿No le ven Vds?... Tenia yo gana de ver de cerca á un ministro... Es un hombrecillo como otro cualquiera.

—¡Insolente! exclamó el ex-ministro, hecho una víbora.

—Poco á poco, no hay que darme voces.

—Salga V. de esta casa...

—Pronto te quedarás viuda, prima. Sólo para quedarse viuda puede una mujer casarse con un hombre como ese.

—Salga V. de aquí, miserable, dijo el recién casado.

—¡Está loco! exclamó la atribulada Isabel.

—¡Loco! sí, ¡loco! contestó el desdichado jóven, ¡loco de ira!

El ex-ministro había llamado á los criados, y estos pugnaban por apoderarse del jóven, que se defendía vigorosamente... y al que se le acercaba le sacudía tal golpe que no le quedaban ganas de acercarse más.

—¡Imbéciles! clamaba el pintor, os he engañado y me he reído de vosotros... Yo no soy *Castello-nero* ni blanco, esta mujer no es mi prima...

Isabel estaba sobrecogida, creía que su hermano de la infancia iba á llevar su venganza hasta el extremo de descubrir su origen...

—Yo no la conozco, ni la he visto en mi vida.

Isabel cobró aliento.

—Ni á este tio tampoco, añadió señalando al ridículo marido. Pasaba por la calle ¡ja, ja, ja! supe que se casaba un ministro viejo con una señorita jóven y bella... y enterado de quién era la novia, me entré á pasar el rato... ¡ja, ja, ja! pero no me he divertido. Y eso que han hecho lo posible para que me divierta los ilustres novios, apoyando cuanto he dicho y ayudándome en la comedia... ¡Digo! ¡si tendrá talento el hombre de Estado!...

Y acompañaba sus palabras con una risa convulsiva, que hizo creer á todos que aquel hombre era en efecto un loco.

Isabel era la única que interpretaba acertadamente la anómala actitud de su hermano de la infancia;

queria, sin duda, el jóven destruir toda sospecha de conocimiento entre los dos; queria no perderla en el concepto público; queria pasar por un loco y armar aquel escándalo, para evitar toda explicacion con el marido. En medio de su dolor, de su martirio, aquella alma buena era noble y generosa.

Uno de los criados de la casa, al ver aquella escena, al considerar la manera cómo recibia el loco á aquellos de sus compañeros que se le acercaban para obligarle á salir, se habia apresurado á llamar á la guardia, y habia logrado traer consigo tres ó cuatro soldados, diciéndoles que se trataba de prender á un gran criminal, y poco despues aparecian en la puerta del salon los soldados con sus fusiles, y se desmayaban las señoras, y el jóven desdichado, riéndose como un insensato, salia de la estancia, atropellaba á los soldados y ganaba la escalera.

Soldados y criados corrieron tras él, y uno de los soldados, poco humano y de carácter demasiado fiero, para detenerle le dió tan fuerte golpe en la espalda con la culata del fusil, que el pobre jóven cayó de bruces echando un torrente de sangre por la boca.

Como muerto quedó el pobre Luis, y por tal le tuvieron los que le vieron caer, así como tambien el soldado que tan cruelmente le trató. Pero vino un médico y declaró, despues de reconocerle, que el jóven vivia aún.

—¿Y quién es?

—¿Qué ha hecho?

—¿Ha robado?...

Esto preguntaban las personas que allí se habian reunido.

Llegó la autoridad, los criados del ex-ministro contaron el suceso como quisieron, y dijeron que era un loco, segun todas las señas.

—¡Un loco! exclamó la autoridad. Pues al hospital con él.

A la una de la madrugada entraba el pobre jóven en el hospital general, llevado en una camilla, y acompañado de dos soldados y un celador.

El celador recomendó la mayor vigilancia con él, porque le habian dicho que era un loco temible, y el encargado del departamento de enajenados cogió unas llaves, abrió una jaula, y en aquel inmundo calabozo, en una cama que aquel dia habia dejado vacante un loco que habia muerto, fué colocado el noble artista, y atado á prevencion, por si, al volver en si, se golpeaba y enfurecia.

El hombre que no ha visto el departamento de locos del Hospital general no ha visto nada horrible. Aparte de la fealdad del delito, es preferible estar en la cárcel; el infeliz minero que pasa semanas, meses enteros encerrado en un subterráneo, sin luz, sin aire que respirar, y temiendo á cada momento que sobre él se desplome la mina, hallaria amable y soportable su trabajo, si ántes hubiera ocupado un calabozo del departamento de locos del hospital y lo comparase con la vida en este lugar de olvido, en esta tumba, donde se encierra al hombre que ha perdido la razon, en tales condiciones de existencia que no

es posible la vuelva á recobrar; por el contrario, si le queda un resto de ella, allí la perderá por completo.

Ya amanecía cuando Luis abrió los ojos: sentía en el pecho un dolor terrible; quiso incorporarse y se sintió sujeto por fuertes ligaduras. Miró en derredor y vió cuatro paredes desnudas, sucias, pintarrajeadas con carbon, una rejilla con fuertes hierros y una puertecilla inmediata á la reja.

—¿Dónde estoy? exclamó... ¿Qué me ha pasado?... ¡Ah! ¡desdichado de mí!... esta es una cárcel... ¡Madre! ¡Madre mia!...

El encargado del departamento oyó esta voz, y por la rejilla asomó la cara.

—¿Qué es eso?... preguntó á su nuevo huésped.

—¿Dónde estoy?... ¿Quién es V?...

—¿Yo?... Yo soy tu padre, hombre, no llores.

—¡Mi padre!... ¿Qué es esto?...

—No tires de las ligaduras, hombre, que te vas á romper las muñecas.

—Yo quiero salir de aquí.

—Todos decís lo mismo; ya saldrás, hombre, cuando estés bueno.

—¡Que me desaten! ¿Quién me ha traído aquí?... ¡Ella! ¡la miserable se ha vengado!...

—Siempre ha de haber *ella*, observó filosóficamente el loquero. Vamos, hombre, estate quieto, que ahora va á venir el médico y te dará un cigarrito. Aquí vas á estar muy bien; si eres obediente, saldrás al patio; aquí todo el mundo está alegre.

En efecto, se oía un ruido extraordinario, se oía la voz de los que cantaban con la menor armonía posible, y los aullidos que daban otros que por la voz no parecían hombres sino fieras, y acompañaba á estas voces ruido de golpes dados en las paredes.

—¿Qué infernal casa es esta?

—No tengas cuidado, hombre, luego va á venir ella á verte... Te han traído aquí porque estás un poco malo, pero en poniéndote bueno, saldrás.

—Esta parece una casa de locos.

—No es mal sastre el que conoce el paño.

—¡Miserable! gritó Luis haciendo un violento esfuerzo. ¿Estoy en una casa de locos?...

—No, hombre, no; tranquilízate; estás en un palacio encantado.

—¡Infames! ¡yo loco!... ¡Ah! ¡madre, madre mia!

Y le ahogaban la ira y los sollozos, y hacia inauditos esfuerzos por desatarse las ligaduras y se desollaba las muñecas sin conseguirlo.

—Mucho nos vas á dar que hacer, pero veremos quién puede más.

Los esfuerzos que hizo le postraron, y otra vez quedó inmóvil como un cadáver.

Nadie hubiera reconocido en él al jóven apuesto, alegre, robusto, que pocos dias ántes llegaba de Italia.

La sangre se le agolpaba en la boca, y si no hubiera llegado pronto el médico, el desdichado artista se habria ahogado, sin ningun auxilio.

# ÍNDICE

	Páginas.
I. El buey de la tia Torda.....	5
II. El tio Dedo.....	14
III. El hijo del sacristan.....	22
IV. La tia Torda acaba de padecer.....	35
V. El sacristan.....	51
VI. El ladron muee donde y como era de esperar.....	69
VII. Empieza la historia del hijo del sacristan	89
VIII. Primera hazaña.....	98
IX. ¡Infame!.....	105
X. A Madrid.....	117
XI. De cómo en una casa para dormir con- viene estar muy despierto.....	126
XII. Una carta, 4.000 rs. y otras cosas.....	135
XIII. Una entrevista agradable y un desagra- dable percance.....	151
XIV. La casa de la calle del Tribulete.....	159
XV. Explicaciones poco luminosas.....	176
XVI. La sala de presos.....	186
XVII. Una declaracion en causa criminal.....	195
XVIII. La madre y el hijo.....	205
XIX. La señora encubierta.....	222
XX. Un parto feliz.....	233
XXI. Donde parece que empieza otra novela.	248
XXII. Ella.....	273
XXIII. El ex-ministro bailando.....	281
XXIV. El convaleciente.....	297
XXV. La muerte de un corazon.....	310
XXVI. La gran escena.....	327
XXVII. Continúa el mismo asunto.....	348

CÁRLOS FRONTAURA

EL HIJO DEL SACRISTÁN

CUENTOS DE SALÓN

SEGUNDA PARTE

SEGUNTO

Impreso en el taller de la imprenta de don Juan de Dios, en la calle de San Juan, número 4.

1874

1874

# INDICE

Páginas

I.	El amor de la vieja Tarda	15
II.	El no nacido	14
III.	El alma del soldado	22
IV.	El alma del soldado	23
V.	El alma del soldado	24
VI.	El alma del soldado	25
VII.	El alma del soldado	26
VIII.	El alma del soldado	27
IX.	El alma del soldado	28
X.	El alma del soldado	29
XI.	El alma del soldado	30
XII.	El alma del soldado	31
XIII.	El alma del soldado	32
XIV.	El alma del soldado	33
XV.	El alma del soldado	34
XVI.	El alma del soldado	35
XVII.	El alma del soldado	36
XVIII.	El alma del soldado	37
XIX.	El alma del soldado	38
XX.	El alma del soldado	39
XXI.	El alma del soldado	40
XXII.	El alma del soldado	41
XXIII.	El alma del soldado	42
XXIV.	El alma del soldado	43
XXV.	El alma del soldado	44
XXVI.	El alma del soldado	45
XXVII.	El alma del soldado	46
XXVIII.	El alma del soldado	47
XXIX.	El alma del soldado	48
XXX.	El alma del soldado	49
XXXI.	El alma del soldado	50
XXXII.	El alma del soldado	51
XXXIII.	El alma del soldado	52
XXXIV.	El alma del soldado	53
XXXV.	El alma del soldado	54
XXXVI.	El alma del soldado	55
XXXVII.	El alma del soldado	56
XXXVIII.	El alma del soldado	57
XXXIX.	El alma del soldado	58
XL.	El alma del soldado	59
XLI.	El alma del soldado	60
XLII.	El alma del soldado	61
XLIII.	El alma del soldado	62
XLIV.	El alma del soldado	63
XLV.	El alma del soldado	64
XLVI.	El alma del soldado	65
XLVII.	El alma del soldado	66
XLVIII.	El alma del soldado	67
XLIX.	El alma del soldado	68
L.	El alma del soldado	69

CÁRLOS FRONTAURA

---

# EL HIJO DEL SACRISTAN

El hijo y la madre en el hospital

NOVELA DE COSTUMBRES

---

SEGUNDA PARTE

---

MADRID

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO

Calle del Cid, 4 (Recoletos)

1872



## I

### El hijo y la madre en el hospital.

—¡Loco! sí, ¡loco estoy! exclamaba el desdichado joven. Locura es, en efecto, haber amado tanto á una infame mujer. ¡Oh! pero ¿por qué me tienen aquí?

Y comenzaba á dar voces, con lo que le tenían por un loco de igual condicion que todos los locos.

Y por loco le tuvo todo Madrid, en vista de que los periódicos que refirieron el sin igual escándalo ocurrido en la famosa boda del Excmo. Sr. D. Tomas Meco, calificaron de loco rematado al autor de tamaño desafuero.

La pobre madre, que no leía periódicos, que no veía á nadie, no sabia absolutamente nada de lo ocurrido, y en vano esperó que su hijo regresara á su casa.

Habian pasado dos dias, y su hijo no venia.

Desolada corria por Madrid la pobre anciana, preguntando en el gobierno civil, en las alcaldías, y hasta al hospital fué, no suponiendo que su hijo podía estar encerrado en una jaula, sino temiendo que se hubiera suicidado y estuviese allí su cadáver.

Decidióse á ir á la casa de aquella doña Dolores, donde Isabel conoció al que fué luego su esposo, y la señora de la casa estaba ausente de Madrid, y los criados la recibieron de mala manera, y no quisieron darle noticia alguna.

Abrasados los ojos por el llanto, desfallecida de necesidad y de cansancio volvía la pobre madre, sin saber á dónde ir á buscar á su hijo; volvía á su casa y tornaba á salir, y volvía á entrar, y nadie le daba consuelo, y nadie le decia dónde estaba su hijo.

Era un dia horrible de tempestad y lluvia el tercero de la desaparicion del infortunado artista.

La buena madre salia por cuarta ó quinta vez á buscar á su hijo, cuando un zapatero remendon que habia en el portal de la casa y que sabia la horrible pena de aquella infeliz mujer, la detuvo diciéndole:

—Señora, ¿no ha parecido todavía?

—No, señor.

—¡Vaya por Dios! ¡qué dias pasa V., señora!

—¡Oh! y lo que temo es no poder soportar ya muchos dias esta pena... yo me voy á morir.

—Señora, ¡por Dios!... Diga V., su hijo, ¿ha tenido algo de loco alguna vez?

—¡Oh! No, señor; siempre ha sido muy juicioso.

—No lo digo á humo de pajas.